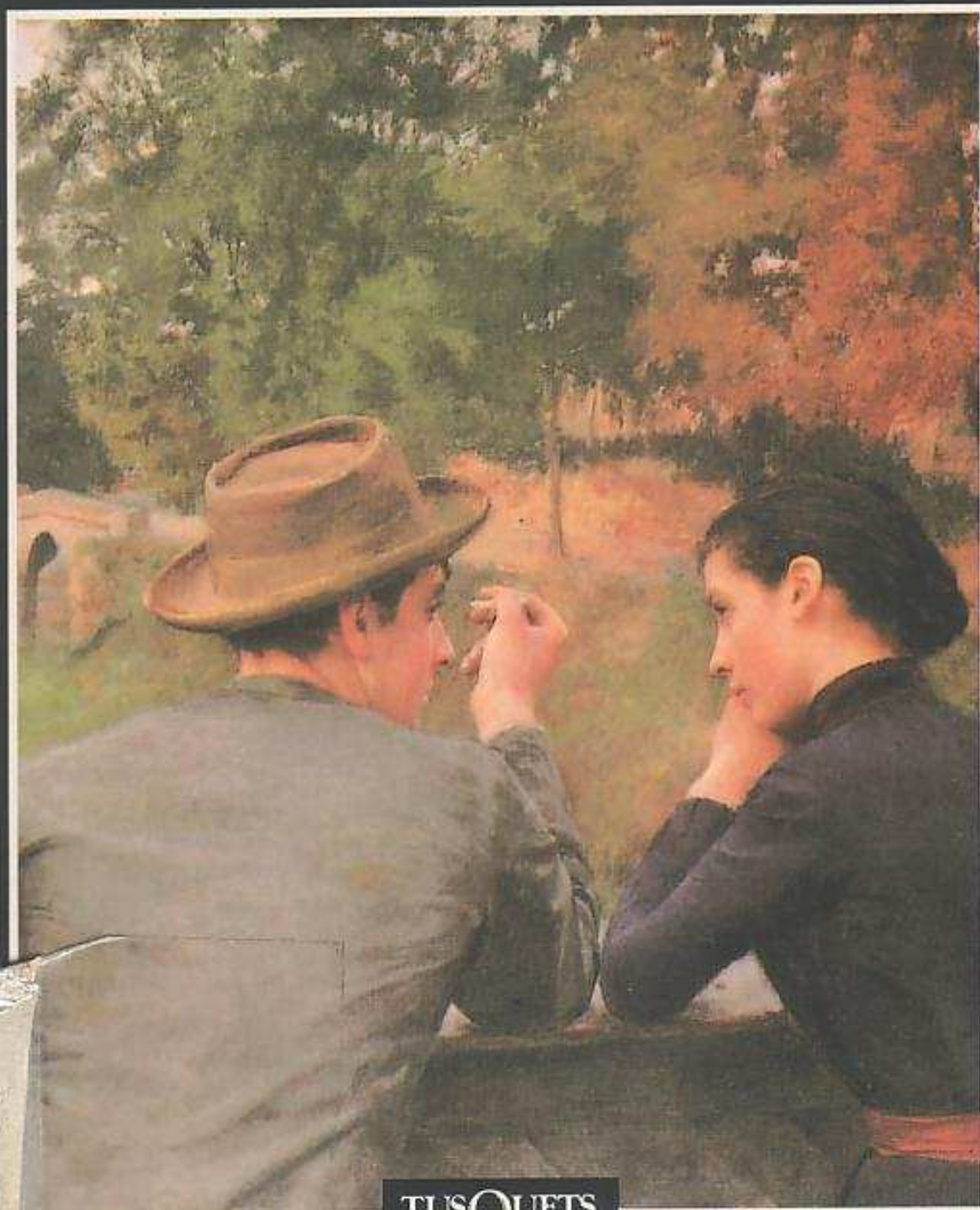


Antonio Colinas

DIAS EN PETAVONIUM

colección andanzas

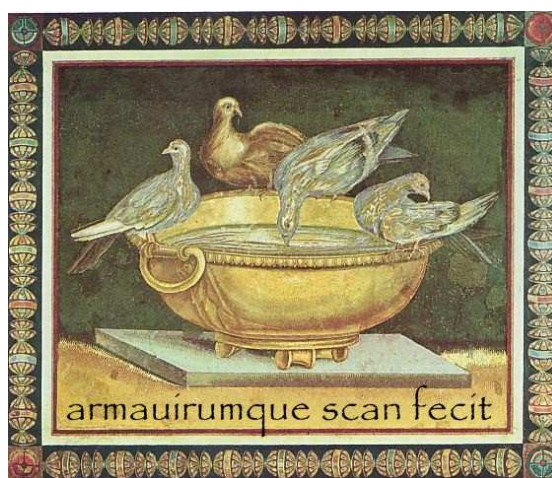


TUSQUETS
EDITORES

Ilustración de la cubierta: detalle de *L'idylle sur la passarelle* (1883) de Émile Friant, óleo sobre tela. Musée de Beaux Arts, Nancy, Francia.

ANTONIO COLINAS

DÍAS EN PETAVONIUM



1.^a edición: enero 1994

© Antonio Colinas, 1994

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Iradier, 24, bajos - 08017 Barcelona

ISBN: 84-7223-736-2

Depósito legal: B. 216-1994

Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona

Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa

Libergraf, S.L. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España

Días En Petavonium

Antonio Colinas

ISBN: 84-7223-736-2

Formato: 21x14 cm.

Lengua: CASTELLANO

Encuadernación: Tapa blanda

Editorial: Tusquets, BARCELONA, 1994

Colección: ANDANZAS, nº 204

120 páginas

NARRATIVA (F). Cuentos

España (01/01/1994)



¿Quién no se ha alimentado, a lo largo de su vida, de las fantasías, los sueños, los amores, misterios y secretos apenas revelados de la infancia o la adolescencia en algún lugar aparentemente remoto al que en principio jamás se habrá de volver? Pero ¿qué ocurre cuando se regresa a ese lugar tan grato que la memoria mantiene intacto, habitado por los cambiantes fantasmas del pasado? En este viaje iniciático nos conduce **Antonio Colinas** al devolvernos a aquellos **Días en Petavonium**. Con él reencontramos a Arturo y Lidia tras un desangelado congreso de historia antigua y al narrador y Mara en el laberinto de un jardín lejano, revivimos el sueño de la cuna que mece a un niño muerto, vemos alzarse junto a la iglesia la inquietante silueta del hombre que busca un tesoro, descubrimos qué había en el cofre del maestro de escuela, trabajamos amistad con los novios espectrales de una isla mediterránea y alcanzamos la certeza de que una misma mujer puede ser tantas como genere el deseo... o el recuerdo.

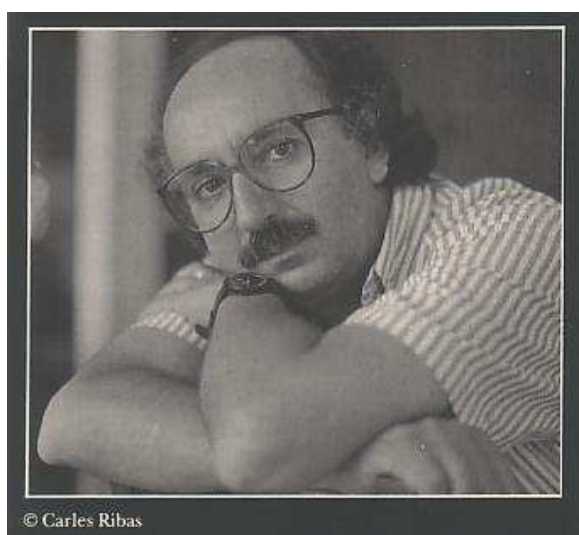
[Enlaces de interés, no incluidos en el libro]*

<http://www.ucm.es/info/especulo/numero20/colinas.html>

<http://www.lbonline.net/colinas/> [página web del autor]

http://www.aytobaneza.net/cultura_archivos/personajes/antoniocolinas.htm

<http://www.hottopos.com/rih5/ferrero.htm>



© Carles Ribas

Antonio Colinas nació en 1946 en La Bañeza, León. Es autor de **diez libros de poesía**, género que frecuenta desde 1967, de los que destacamos *Sepulcro en Tarquinia* (**Premio de la Crítica** en 1975), *Noche más allá de la noche*, *Astrolabio*, *Jardín de Orfeo*, *La llamada de los árboles* y **Los silencios de fuego** (Marginales 121), su poemario más reciente, publicado por **Tusquets Editores** en 1992. En 1982 recibió el **Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra poética**. Aunque la poesía es su medio de expresión por excelencia, también se ha aventurado en la **novela** con una trilogía sobre la educación estética, de la que han aparecido ya dos títulos, *Un año en el sur* y *Larga carta a Francesca*, en el ensayo y en las

meditaciones aforísticas con, por ejemplo, *El sentido primero de la palabra poética* y **Tratado de armonía** (Marginales 113), en la **traducción** y en la **biografía** con **Hacia el infinito naufragio** (**Biografía de Giacomo Leopardi**) (Andanzas 79). Con **Días en Petavonium** hace también una espléndida incursión en el difícil arte del **cuento**.

* Incluidos en esta edición digital por el escaneador.

Índice*

Primera parte

Días en Petavonium	13
Esperandoa Lidia	27
Tormentas de verano	45
El sueño de Armuz	53
Elcofre	63

Segunda parte

Contemplaciones desde la azotea	73
Los novios	93
Ella.....	103

Todo mi trabajo, toda mi actividad creativa, provienen de aquellas fantasías y sueños iniciales. Todo lo que logré más tarde en mi vida ya estaba contenido en ellos, aunque al principio sólo en forma de emociones y de imágenes. Todo comenzó entonces.

C.G. Jung. *Memories*

* La numeración corresponde al libro original [Nota del escaneador].

Primera parte

Días en Petavonium

Creo que jamás volveré a Petavonium. Me refiero a la Petavonium de entonces, a la que se entreveía al atardecer, hundida en un valle de encina-res y de colmenas, nada más dar la última y brusca curva de la carretera. Entre dos luces, se divisaba el viejo y misterioso castro trapezoidal, sostenido —como suelen contar las leyendas celtas— por una gigantesca viga de oro. El castro, y el humo que ascendía de los tres pueblos del valle: Fuentes, Ronsar y Tarmézar. Nunca más volveré en el ruidoso autobús polvoriento que saltaba durante un par de horas sobre los guijarros de la carretera. Se tambaleaba el autobús con una lentitud parsimoniosa y con frecuencia se detenía en las aldeas del recorrido, bien forzado por las habituales averías en las que el motor humeaba escandalosamente, bien al caer algún cesto de uvas o alguna caja de pescado. También cuando, simplemente, en un descuido, se precipitaba el propio cobrador del autobús, el cual dio en una ocasión estrepitosamente con sus costillas en las rocas de la cuneta.

Pero siempre, al final, puntualmente, a la hora del ocaso, entre dos luces, Petavonium no faltaba a la cita en lo hondo del valle. Acaso había en sus alrededores una última parada forzada por el rebaño de mil cabras que se precipitaba como un río de negras sombras por las arcillosas laderas del Monte Seijo, e iba a estrellarse contra el autobús allí donde la primitiva calzada romana se fundía con la carretera comarcal; allí donde había un par de lagunas cenagosas, al pie de las tapias de adobe y césped del huerto del médico. ¡La hora del regreso del rebaño, la hora del ocaso, la hora de todos los regresos! El polvo del camino era un polvo de oro con el último sol.

Mi abuelo, sentado en la parada en un poyo de piedra, miraba aquella confusión de cabras y de labriegos que se mezclaban con la llegada del autobús, el cual aceleraba su partida con roncós y repetidos bocinazos. Mi tía me gritaba por encima de aquel jaleo, de los fardos y de las cajas despanzurradas de pescado, para que me bajara deprisa. Mi tío, como de costumbre, no había llegado aún. Siempre solía rezagarse en la puerta de alguna casa o en algún huerto. Luego, lo encontrábamos ya a medio camino de casa, brotando de una noche completa, llenando el aire de excusas. Aquel lento descenso en la sombra se prolongaba excesivamente, cien veces se interrumpía por las cabezadas del rebaño, por los besos y caricias de los campesinos que, inesperadamente, al llegar a la altura de sus casas, iban saliendo para saludarme.

Cuando llegábamos a la plaza había algo más de silencio, y una noche completa se volcaba cuajada de astros sobre el pilón de la fuente. Las yeguas bebían una y mil veces estrellas con una lentitud ancestral en el agua muerta. Entre las sombras, adivinaba apenas la espadaña de la iglesia, pero, ya detrás, se había esfumado la cima tutelar de Petavonium, el misterioso castro trapezoidal que, el primer día, ya desde mis primeros viajes, me privaba de unas horas de sueño. Luego —hundido en el gigantesco colchón de lana, tibio y suave útero— se entreabría toda la placidez del cuarto. Arriba crujían levemente las maderas del desván y me llegaba un sueño dulce y reparador.

Afortunadamente, Petavonium está muy bien localizada desde antes de los tiempos de Augusto. Se encuentra a VIII *milias* romanas de Astúrica, en la vía que iba desde esta urbe a Bracara Augusta, concretamente entre las mansiones de Argentiolum y Veniatia, esta última todavía de ignota localización. Su situación de avanzadilla de los montes galaico-leoneses hizo de ella un notable enclave, ya desde los tiempos prerromanos. De hecho, lo que hoy reconocemos como Petavonium, es el viejo castro celtíbero. El romano —el campamento propiamente dicho— se halla en la llanura, en dirección sur, hacia Tarmézar. Se trata de un rectángulo de ancho muro de piedra y argamasa —de más de dos metros de espesor en algunos puntos— del que sólo quedan los cimientos. Ya fue perfectamente descrito por Adolph Schülten a comienzos de siglo. El primitivo castro responde a las características generales de este tipo de enclaves: base elíptica y cima plana y roquera.

El macizo montañoso debió de ofrecer, desde un principio, amplias facilidades a sus primitivos habitantes. Quiero decir que fue muy escasa la obra de los hombres en escalonamientos y terraplenes. Hay, sin duda, en la cima, un área dedicada probablemente a acrópolis; área que coincide, más o menos, con una finca propiedad de mi abuelo, un viejo garbanzal que en los últimos años ha endurecido su tierra hasta convertirse casi en piedra, de forma que ahora sólo es un erial invadido por cardos y zarzas, y barrido por un viento fiero de cuchillos en los días más desapacibles. Allá arriba, cerca de las nubes, siempre hay un silbo de viento claro entre los peñascos; un silbo suave, no humano, que turba el ánimo del visitante que, tras una ascensión ansiosa, ilusionada, se ha encontrado rodeado de repente por la mayor de las soledades.

Insistiendo en la topografía del castro diré que hay en él pocas huellas urbanas, a no ser las de las mínimas ruinas circulares y cuadrangulares de las primitivas viviendas prerromanas, algunas de las cuales —las más grandes— fueron sin duda romanizadas, a juzgar por la profusión de ladrillos romboidales de los pavimentos que las rejas de los arados levantan cuando suben a arañar aquellos pedregales. Las piedras son una obsesión para el que asciende hasta el castro, sobre todo por su ladera sur: grandes piedras de habitáculos y también de lo que en tiempos debieron de ser toscas murallas. A veces, hay bloques medio ciclópeos ajustados a los grandes peñascos naturales, pero por lo general son piedras de tamaño regular y —cuando todavía forman muros— llevan en medio un relleno de guijos. El cura del pueblo dijo haber encontrado en una ocasión en uno de estos muros una borrosa figura celtibérica, colocada como una piedra más. Pero nadie ha llegado a verla. ¿Hubo fosos o torres en el castro? No quedan rastros de ellos.

En uno de los extremos de la cima —«no olvides que es nuestra, que está en nuestro terreno», decía el abuelo— está la cueva. La cueva o lo que sea. Y digo «lo que sea» porque desde luego no se trata de una cueva natural propiamente dicha, sino de un hundimiento del terreno, de una profunda y cuidadosa excavación producida a lo largo del tiempo por curiosos y merodeadores. (Todavía el verano pasado, mi tío descubrió casualmente en su interior, a unos cincuenta metros de la entrada, los picos, las palas, los candiles de unos excavadores furtivos que trabajaban nocturnamente. Excavaban en torno a una gigantesca piedra pulida a medio desenterrar. Mi tío arrojó a lo hondo de la caverna todos aquellos materiales de trabajo e hizo a continuación lo que se ha venido haciendo toda la vida: se hartó de echar tierra en la entrada de la cueva hasta dejarla cegada.)

También como de costumbre, dentro de dos o tres años, alguien vendrá de nuevo a la casa para avisarnos que se está excavando, que vuelven a abrir la boca del túnel que baja precipitadamente hasta no se sabe qué abismales profundidades. Lo que sí es seguro es que nadie, hasta ahora, ha logrado dar con la famosa y gigantesca viga de oro macizo que sostiene toda la montaña o con el oscuro cauce de agua que conduce —otra tenebrosa leyenda celta— hasta el mismísimo mar del noroeste.

Desde la cima se divisa un paisaje extenso. Al norte, los montes cerrados de encinar; al este, la Sierra de Peña Negra, que desciende desde la sagrada cima del Monte Tilenus, reptando como una boa negra cubierta de abruptos roquedos y de pinos raídos; al oeste, las lomas más suaves de otras sierras, entre las que se pierde la antigua calzada romana; en fin, al sur el terreno es más abierto y en

él hay algunas fincas de regadío cercadas por juncas y regueros, como el llamado «Caño de los Moros», que bordea el muro al sudeste del campamento. Alrededor del castro, las honduras del valle y los tres pueblos ya citados que no son, probablemente, otra cosa que una humanizada prolongación tardorromana del viejo enclave: Fuentes, al norte, cercado por algunos sotos de álamos; Ronsar, al sudeste, en un cerro tenebroso y pelado por el que sólo trepan los peñascales, prolongando y perpetuando la ruina del castro. Y, hacia el sur, Tarmézar con un lejanísimo fondo en el que cabrillean los trigos.

He hablado del momento plácido y último antes de cerrar los ojos; un momento que estaba vaciado como por un silencio secular, sólo roto por los leves crujidos de las maderas y el correteo de algún gato sobre los tablones del techo, o los ladridos fríos, lunares, de algún perro solitario en la calle por la que no pasaba ni un alma. Pero ¿cómo eran los despertares? Antes de abrir mis ojos comprendía enseguida que no era un sueño tenebroso, vacío y desolado, el que me había poseído. No. Me sentía pleno y como cargado con una dulcísima pereza; pereza que rompía el fresco sonido de las esquilas de los rebaños, que subían por todas las calles y llenaban de nuevo la plaza hasta que todo el rebaño se hubiese reunido.

El sueño había sido especialmente denso porque sentía mis venas cargadas con el aroma pesado y calenturiento de los montones de trigo, que llegaban de las paneras, y por el aroma de las jaras aún frescas, que se amontonaban en los corrales. Pero, sobre todo, por el humo denso y embriagador de la encina, que llegaba del hogar de la cocina. Los dos primeros aromas habían ido penetrando en mi sangre a lo largo de la noche —como las estrellas por la ventana— para adensarla, para enriquecerla, para embriagarla. El tercero —el aroma bravo, sacro, de la encina— era en realidad el que abría la mañana, el que entreabría mis ojos y me despertaba gozoso.

Más tarde, en la cocina, era la encina la que embalsamaba todo de una forma plena, antes de que su azulada humareda se perdiese hacia arriba, por la enorme campana negra de la chimenea, por la que también gustaba de perderse mi mirada. La apoteosis de los aromas que pasaban a la sangre adquiriría su más elevada esencia si casualmente aquella misma mañana se hacía pan en la casa y, en consecuencia, el horno comenzaba a ser preparado. Entonces, aquel aroma severo y sacro de la encina se unía al aroma alado, perfumado de las jaras jóvenes, que ardían bien secas en el horno voraz, y poco a poco se consumían, y brillaban las brasas hasta tornarse en cenizas, que luego se retiraban. Quedaba entonces ardorosa la base enlosada del horno a la espera de la masa.

Aroma de la jara y aroma de la encina mezclándose en la sangre mientras veía el primer sol de oro sobre el césped reseco y las urces de los tapiales que bordeaban la casa. Y luego el olor ácido de la masa del pan. Y, al fin, el perfume —sí, perfume más que aroma— del pan crujiente y cálido, ya a punto de ser retirado, que envolvía todo el mediodía y hacía revolotear a los gorrones, y llenaba de alborozo a las aves del corral.

La de los aromas era una clave intemporal, ahistórica, que comprendí entonces, y en años sucesivos, y que hoy comprendo cada vez que en cualquier otro lugar que no sea Fuentes, percibo —aunque sea de forma sutilísima, atenuada, entristecido por el paso del tiempo— aquellos mismos aromas. Pero, ¿qué decir de las otras claves, de los otros hechos cotidianos, que sólo el paso del tiempo han desvelado? ¿Cuántos años, por ejemplo, han tenido que pasar para que yo desentrañara —para que se me revelasen— algunas claves históricas que entonces sólo se me aparecían como símbolos?

Recuerdo en este sentido dos nombres: los de Alcides y Lidia. Entonces eran únicamente dos nombres de niños, dos nombres de amigos. Alcides personificaba toda la vitalidad elemental que yo descubría en calles, huertos y animales. Lidia era la inocencia frágil que quería —pero que todavía no podía— revelarse en amor. Tuvieron que pasar casi treinta largos años para que en la sombría sala de una universidad extranjera aquellos dos nombres se me revelaran en su potencialidad última. Azuzado por la nostalgia que me producía la lejanía de mi país, repasaba yo viejos textos de

Historia Antigua con el fin de entreabrir —¿o de cerrar?— la grata herida de la infancia. Uno de ellos era un ejemplar de *Archäologischer Anzeiger* de 1927. El otro era el tomo del *Corpus Inscriptionum Latinarum*.

Había hallado en este último la inscripción grabada en una piedra que precisamente había aparecido en un yacimiento arqueológico de Fuentes. Una inscripción que recogía el nombre de Alcestes, la acepción poética de Hércules y que, más o menos, podía traducirse así: «Consagrado a Alcides, Marco Sellio Honorato, hijo de Lucio, de la tribu Arnerosis, nacido en la provincia de Mauritania, prefecto de la caballería del Ala II Flavia, de los españoles ciudadanos romanos, en cumplimiento de sus votos, erigió desde los cimientos el templo del dios Alcides». Alguien, dos mil años antes de mis correrías junto a Alcides, había hecho grabar sobre una losa en Fuentes aquel texto. Y ese alguien era un prefecto romano que había erigido —¿en qué punto concreto?— un templo en honor de Alcides.

La otra sorpresa me la proporcionó, como he dicho, un número de la *Archäologischer Anzeiger* y todavía fue para mí más directa y significativa. Un especialista hablaba de un anillo encontrado bajo las ruinas de Petavonium; un anillo que llevaba la inscripción EGIPT. L. VITA. Lo más asombroso es que yo había visto aquel anillo en manos de Lidia treinta años atrás. Se trataba de una pieza arqueológica que el gran Adolph Schülten —el autor del artículo— había visto en manos no sé si del padre o del abuelo de Lidia, cuando ésta todavía no había nacido. Un anillo, en fin, que, como la losa inscrita por la mano de un cantero no excesivamente pulcro, estuvo en el dedo de un romano o de una romana, veinte siglos antes, en plena romanización de Fuentes. Es más, cuando ni Fuentes, ni Ronsar, ni Tarmézar existían, sino sólo el cerro del castro primitivo, y el campamento, y las caballerizas, y los lavaderos de mineral, y las ferrerías y necrópolis del valle.

Alcides y Lidia... Aquella inscripción en piedra y el anillo también grabado... Habían tenido que pasar treinta años para que yo desvelase en una universidad extranjera las claves históricas y simbólicas de aquellos dos amigos de la infancia. Siempre me había asombrado el nombre aéreo y áspero a un tiempo de Alcides. Incluso un día que el tema salió, pude oír (y lo recuerdo perfectamente) cómo su padre, un hombre de elevada estatura y muy moreno, casi un gigante, le preguntaba a mi tío: «Pero ¿de dónde vendrá y qué querrá decir el nombre de mi hijo? Sólo sé que mi padre también se llamaba así. Por eso, yo se lo he puesto a él».

En la historia del anillo también tengo a mi tío por testigo. Un día hablaba él con el padre de Lidia del castro y de sus misterios. Los chicos éramos todo oídos. Arando en la ladera sur del castro la reja de su arado había quedado prendida en un objeto de una gran dureza. Dejó a un lado la mula, tomó la azada y se puso a cavar. Enseguida apareció un rústico cofre del que él se desprendería unos años después —y bien que se arrepentía de ello— ante las dos mil pesetas que le ofreció un chamarilero que iba de paso por el pueblo. («Entonces dos mil pesetas era mucho dinero, pero hoy el cofre valdría muchísimo más», añadió con pesar.) Sin embargo, en el interior del cofre se encontró con un anillo del que no se quiso desprender; aquel mismo anillo con el que, por unos momentos y ante mis ojos, dejó jugar a su hija Lidia; aquel mismo anillo que su padre había mostrado a un arqueólogo alemán llamado Schülten. Recuerdo a Lidia metiendo el gran anillo, uno por uno, en sus dedos y siempre le quedaba grandísimo. Y ella reía, reía con una risa fresca que, en realidad, en aquellos días, a mí era lo único que me interesaba.

Así que por la mañana, tras el desayuno, ya en la calle del verano limpio y luminoso, yo gozaba del encuentro con seres como Alcides o Lidia. Niños con nombres que aún no me habían revelado sus significados últimos. Alcestes, aquel otro ser misterioso que levantó un templo. Lidia y el anillo encontrado. Pero esforzándome ahora en desvelar la memoria, se repiten los símbolos, se mezclan el pasado con el presente, la realidad con el sueño en la sala de la biblioteca. Recuerdo el valle de Fuentes y una de sus sierras y la cima más alta de ésta, el Monte Carpurias... ¿No era acaso este nombre una burda deformación de Calpurnio, aquel jinete del Ala II Flavia, soldado en aquellas tierras veinte siglos atrás, que dejó su vida bajo otra rústica losa hallada en los alrededores del campamento romano? O acaso de Calpurnia, cualquier notable mujer romana que por allí hubiese andado. Recuerdo como un límite de ensueño el lomo oscuro del Monte Carpurias, con los rojos cortes de las tierras auríferas.

Pasaba las páginas de los libros y de ellas iba surgiendo mi infancia, no los áridos temas de una investigación arqueológica. ¿No había aparecido también en Fuentes otra inscripción —también ésta recogida en las páginas del *Corpus Inscriptionum Latinarum*—, que yo ahora volvía a hojear, y que hacía referencia a un soldado muerto, natural de Cremona (Italia)? «M. Volum/nius c. f. Anie/Crem. miles/leg. x. h. s. e.», decía aquel texto. ¿Y no estaba yo ahora, treinta años después de mi infancia, veinte siglos después de la muerte de aquel soldado, en el valle de Fuentes, recorriendo con mis ojos este texto en una biblioteca de los alrededores de Cremona, en Italia, de donde era natural aquel soldado de la X Legión?

¡Lectura de los símbolos...! Casualmente los hilos se entrelazaban en el tiempo. Y se entrelazan hechos y sueños: Alcides y su lápida, el soldado de Cremona y la suya, Lidia y su anillo, el anillo y el texto de Schülten, Calpurnio y su losa y su monte... Y yo desvelando todas aquellas claves treinta años después, tan lejos de Fuentes y de su valle con encinares y colmenas que, probablemente, nunca volverán a ver mis ojos como entonces lo vieron, a través de los sueños —vividos— de entonces. Los ojos de entonces, que no deseaban desvelar historia alguna, sino que captaban el mundo en su pánica naturalidad. Ahora estoy lejos y me queda la nostalgia del recordar. Alcides y su vitalidad, Lidia y su delicadeza que velaba el amor, un terrible monte de hierro, los aromas y piedras del valle, sus ruinas que hoy me persiguen como una gozosa obsesión.

Esperando a Lidia

Aunque acabo de recordar a Lidia, volveré a escribir sobre ella; recordaré de nuevo que ella fue la amiga de mi infancia, la ,amiga de mis días en Petavonium, el amor primero, la amistad que deseando convertirse en amor nunca llega a serlo. Lidia está unida a mis sueños, a mis vivencias originarias; es como la esencia de aquellos días que ya no volverán. Pienso en Lidia y repentinamente siento el aroma de la jara y de la encina ardidadas, me hiere el frescor amargo de las profundas bodegas.

Vuelvo a pensar en ella y los sueños de la infancia se multiplican como en su día se multiplicaron en las laderas de Petavonium, en los muros y bancales sembrados de rotas vasijas y de tejas romanas. Mi infancia en Petavonium fue, en definitiva, la infancia junto a Lidia. Por eso, siempre tuve por algo natural el no volverla a ver, el haberla perdido para siempre, de la misma manera que perdí mi infancia entre aquellas ruinas y despoblados cercados por trigales y colmenas. Sí, Lidia era la infancia, pero la infancia ya había pasado. Por eso, difícilmente podía interesarme hoy su vida. Su cuerpo frágil había sido como un sueño y los sueños —sobre todo los más remotos— nunca se tornan realidad.

Pero hay veces en que el destino traza subterráneamente signos que los seres humanos difícilmente podemos controlar. Por eso, si digo que Lidia ha vuelto a aparecer treinta años después de mi infancia, treinta años después de Petavonium, de aquel mágico tiempo de cigüeñas y de lechuzas, me diréis que merece la pena volver a hablar de ella, a escribir sobre ella. Nos criamos sobre los herbazales y las ruinas de los viejos castros prerromanos y romanos, por eso no resulta raro —hasta cierto punto— que la Historia haya quedado como sembrada en nuestras entrañas, que hoy, sin saber nada uno del otro, hayamos acabado siendo dos personas interesadas por el pasado, dos estudiosos de la Historia Antigua. Murieron nuestros abuelos, partieron nuestros padres hacia grandes ciudades, se cortaron las amistades, y fue natural la separación, el que uno no haya vuelto a saber nada del otro.

Sin embargo, hace unos meses, surgió inesperadamente el encuentro. Asistíamos ambos en una vieja ciudad universitaria a un congreso sobre el bimilenario de una de esas ciudades fundadas por el Imperio romano en nuestras tierras altas. La arqueología de los saqueadores nocturnos y las legendarias historias que nos contaban nuestros abuelos al calor de la lumbre, ya nada tenían que ver con esa práctica monótona y dura que, a veces, supone la enseñanza universitaria, con el asfixiante esfuerzo de acumular bibliografías y deshacer errores de colegas y alumnos. Pero lo importante y curioso no es que Lidia y yo seamos hoy profesores universitarios en ciudades lejanas. (Yo enseño en una pequeña universidad de provincias, en el norte. Lidia —más valiosa y afortunada, prolongando la estancia que le proporcionó una beca— es profesora en una ciudad norteamericana.) No, lo importante no es esto, sino nuestro inesperado encuentro. Es como si por túneles oscuros, sonámbulos, hubiéramos acudido a la llamada del tiempo perdido, a la cita de un congreso en una vieja ciudad universitaria. No sé hasta qué extremo nuestras vidas se han fatigado o vulgarizado con los años, pero la raíz de los sueños —el temario de un congreso de Historia Antigua— nos ha reunido de nuevo.

Tan lejos hemos estado uno del otro, tan fuerte ha sido el poder del olvido, que ni siquiera reparamos en nuestros nombres al leer la lista de los congresistas. Los nombres de Lidia y Arturo no bastaban para avivar el recuerdo, para despertar los días de la infancia. Así que nada sospechamos en los momentos previos a la celebración del congreso; nada sabíamos de cuanto al otro le había sucedido a lo largo de los últimos treinta años. El sueño de la infancia, la niña amiga, el amor

primero, estaban como comprimidos fuertemente en lo más profundo de nuestro ser, en la infancia muerta y sepultada.

Pero ¿puede sepultarse una infancia como la nuestra? ¿Pueden sepultarse los aromas, el rumor de los manantiales, los trinos en los álamos, el sol grande y amarillo de la era? Esta infancia había sido aplastada (o reprimida) por el paso de los años, y cierta inútil laboriosidad fue la que no permitió, en un primer momento, que nos reconociéramos. Verdaderamente ¿no nos reconocimos? Creo que desde la primera sesión del congreso, desde el acto de apertura, más allá de la grandilocuencia de los discursos inaugurales y de la envarada asistencia de las autoridades locales, la presencia de uno se hizo evidente para la presencia del otro. Mas ¿a qué se debía esa identificación? ¿No nos habríamos visto antes en algún otro congreso? Sí, quizás esto fuera lo más probable.

Hice un supremo esfuerzo durante las primeras sesiones de trabajo para identificar aquel rostro, para saber de qué lugar o de qué tiempo provenía aquel rostro algo blanco y fino, el cuerpo sano, pero como teñido de una frágil, notable espiritualidad; la inocencia imborrable, en definitiva, que yo tanto había amado —sin saber que amaba— en los días de la infancia. Quizá no nos dijimos nada porque la edad y las formalidades profesionales nos impulsaban a mantenernos fríos, a guardar las maneras. Así que, al día siguiente, durante la segunda de las sesiones de trabajo, sentados a una prudente distancia, uno frente a otro, continuamos nuestro reconocimiento, la profundización inconsciente en el pasado. Era como ir apartando sombras, como ir eliminando años con sigilo, como ir recuperando inocencia y perdiendo años. Nos contemplábamos haciendo todo lo posible para que nuestras miradas no se cruzaran, y el tiempo —el pasado, las ruinas, los sueños rotos de Petavonium— no terminaba de hervir como un horno en nuestros pechos. Mucho hemos debido de cambiar para que este reconocimiento fuera tan meticuloso, tan lento, tan —¿cómo decirlo?— delicioso.

Sonaban un poco excitadas a nuestro alrededor las voces de nuestros colegas, mientras nuestras miradas —falsamente extraviadas en el techo de la sala— se poblaban de gorrones y de abubillas, se embriagaban con el áspero perfume de los rebaños al atardecer, con el griterío de los baños entre los juncos de las lagunas. Era como ir desnudándose de todos los ropajes inútiles que habíamos ido colgando de nuestras vidas a lo largo de los últimos treinta años. Hubo luego un momento en el que pareció hacerse la luz dentro de nosotros y nos reconocimos, mas no creíamos todavía —o no podíamos creer— que nuestras personas, escuchando falsamente concentradas en aquella sala del congreso, fueran los niños amigos de un tiempo. Tuve la confirmación de que aquella mujer que estaba sentada frente a mí era la niña de entonces, al echar al fin una ojeada al programa del congreso para descubrir, entre la amplia lista de los participantes, un nombre que ahora sí me devolvió al pasado y a su verdad: Lidia Ferraz.

¿Y qué señal descubrió ella en mi rostro, transformado en no menor medida? Ultimamente llevo una cerrada barba y una más que incipiente calvicie que en modo alguno favorecen el reconocimiento del niño de ocho o nueve años que ella conoció. Pero algo debió de intuir en mí a través de las sucesivas y disimuladas miradas; algo que le dio la clave del pasado, que la devolvió, también de golpe, al mundo de los sueños deshechos, al extraviado perfume de la infancia. Volví a comprobar la lista de congresistas, pero ella ya había mostrado para entonces una medio sonrisa que deshizo todo posible distanciamiento.

Aquella «mesa redonda» —la recuerdo muy bien, trataba sobre las «Explotaciones auríferas romanas del noroeste», y la coordinaba un especialista inglés en el tema— se prolongó excesivamente. Así que los dos seguimos siendo esclavos de la edad, de nuestro trabajo, de los formalismos. Ninguno dio todavía el primer paso hacia el otro. Los profesores que éramos seguían reprimiendo la infancia, sepultando los sueños perdidos, ahogando a los niños que ya no éramos. Se discutían apasionadamente en aquellos momentos en la sala las cifras de oro que el Imperio solía llevar a Roma y nosotros seguimos atendiendo —sin atender en realidad— a nuestro deber profesional hasta que la sesión terminó.

Luego, todo resultó demasiado fácil: el ir con naturalidad uno hacia el otro, el reconocernos «de verdad», las mutuas muestras de sorpresa y casi de incredulidad. No hubo exagerados gestos, pero nuestros ojos ardieron con un fuego extraño —aquellos ojos serenos de Lidia que pronto tanto

habrían de transformarse—, con la luz de quien recupera el manantial de los mejores sueños.

Era invierno. Terminó el congreso y de nuestro encuentro surgió una decisión delicada y atrevida: la de citarnos el próximo verano en Petavonium. Lidia tenía que volver a América, pero me aseguró que en verano tenía nuevos compromisos en nuestro país. A pesar de que en el valle de nuestra infancia ya no quedaba ni rastro de su familia, se aventuró a dar aquel paso que, entre los dos —casi sin pretenderlo— sugerimos. Mis padres habían vendido las tierras y los viñedos de mis abuelos y hacía muchos años que yo no pasaba por aquellos espacios. Sólo el viejo caserón familiar, mordido por las lluvias, y el abandonado huerto eran el único hilo que me unía al pasado. Aquel deseo de citarnos en la tierra de nuestros veranos infantiles era absurdo —como absurdo era el no querer profundizar en el conocimiento de nuestras vidas actuales—, pero maduramos la idea entre bromas y veras.

Terminó el congreso. Partimos cada uno hacia nuestras respectivas ciudades, pero la cita extravagante y maravillosa quedó establecida. No teníamos ninguna razón de peso para volver al lugar de nuestros abuelos, a los veranos de entonces, pero la cita quedó rotundamente establecida: nos veríamos el próximo verano —concretamente el 8 de agosto— en Petavonium. ¿Y en qué lugar concreto, nos preguntamos sonriendo casi a la par? Por supuesto —todo continuaba como una broma—, en el que había sido el punto de mira de nuestros sueños: en la cima del viejo castro romano, entre las negras y enormes rocas, al atardecer.

Pasaron seis meses y, a lo largo de este tiempo, mi ánimo fue madurando aquella cita, a la vez que gozaba de las más variadas sensaciones. El encuentro con Lidia treinta años después, ¿de qué nacía o a qué se debía? Tanto lo deseaba que, en el fondo, lo tomaba por ilusión, no creía en él. Y, a la vez, soñaba con obtener el mejor de los resultados. ¿Pueden volver a renacer los sueños? ¿Puede un mundo infantil cuajar en un amor de madurez? ¿Sólo creíamos en los seres adultos que éramos o pretendíamos recuperar el pasado, la plena felicidad de la infancia? Las dudas me atenazaron pero a medida que la fecha se aproximaba, mi interés se acrecentó; sentí al alcance de mis manos aquel otro buen oro de los sueños perdidos. Incluso pensé que en la mujer que hoy era ella podían condensarse todos los sueños fugitivos del pasado, los sueños de una vida que yo había llevado más bien en soledad, huérfano acaso del niño en armonía que fui.

Antes de seguir adelante quiero hacer una precisión: tras la partida de Lidia no volví a tener noticias de ella, ni yo me propuse enviárselas. Deseaba profundamente dejar al arbitrio del destino aquella caprichosa y ansiada cita. Pensé, a veces, en tomar la pluma para, en una carta, confirmarla o rechazarla. Pero la semilla del sueño ya estaba arrojada y sólo cabía esperar el desenlace. Iban pasando los seis meses y me hacía sufrir la idea de que ella hubiera olvidado lo que sólo podía haber sido una broma brotada del aburrimiento y de la sequedad de unas jornadas de congreso. Y, sobre todo, me hacía sufrir la idea de que Lidia no acudiera a la cita.

El 7 de agosto, al atardecer, un día antes de la fecha acordada, llegué a Fuentes, el pueblo que se levanta en la hondonada, cerca de la ladera norte de Petavonium. Rechacé amablemente el ofrecimiento de algunos conocidos, así como el de la familia que cuidaba de la casa de mis abuelos, para que durmiera en sus viviendas. Preferí el viejo caserón familiar, aunque verlo de nuevo resultara ser una dolorosa experiencia. En la huerta se habían secado la mayoría de los frutales y los hierbajos crecían espesamente por doquier. La casa, en lo fundamental, se conservaba bien a pesar de la pobreza de los materiales con que estaba construida, pero había ya algunas habitaciones inservibles en las que las prolongadas lluvias de invierno se habían dejado sentir. Los escasos muebles que quedaban hacían irreconocible cada espacio del pasado. Pero en mi afán de sumergirme en los días perdidos, me decidí a dormir en una de aquellas alcobas. Cuando anocheció —la guardesa se había cuidado de adecentar todo lo posible aquel abandono— escogí aquella cama en la que mi abuelo me contaba historias de lobos y de vagabundos; y pronto, agotado por el largo viaje, me quedé profundamente dormido. Me pesaban mucho los ojos y además estaba deseoso de que las horas volaran, de que la luz de la mañana inundara las salas de aquella casa en la que hasta la luz artificial se había cortado.

Tampoco pude reconocer, al día siguiente, las huellas del pasado en cada uno de los rincones del pueblo: se habían secado las fuentes y los manantiales, los árboles enormes de la infancia ya no existían tras las tapias de los huertos; algunas de las casas que fueron decisivas en mis vivencias primeras se hallaban derruidas. Sólo al asomar a los alrededores del pueblo observé que los campos eran los mismos de entonces, dominados al sur por la cima trapezoidal de Petavonium, el viejo castro romano. El pueblo era como un reflejo de mis últimos años: un espacio para la desesperanza; pero más allá de las cercas de adobe y de los últimos huertos abandonados, brotaban con fuerza los jarales y encinas, crecían los últimos manzanos sobrecargados de frutos que quizá nadie recogería. Pero las que estaban más vivas que nunca eran las piedras; las piedras que parecían no haber sufrido el paso del tiempo. Me atraía como un poderoso imán aquella loma, mas no di ni un paso más, no quise hollar antes de tiempo la senda que conducía a la cima del castro, el lugar de la cita con Lidia. Regresé al pueblo a esperar el atardecer, la hora prevista. En éste no había señal alguna de que Lidia hubiera adelantado en un día, como yo había hecho, la llegada. No quise preguntar si habían visto a una mujer forastera durante aquellos días, en Fuentes o en algún otro pueblo de los alrededores.

Me roía la impaciencia, por eso, cuando el calor decreció, salí de casa y emprendí la marcha en dirección al teso de Peñas Secas. Era el camino más directo y seguro para acceder al castro desde el norte. ¿Lo recordaría aún Lidia? El calor abrasador del día había resecado cada hierba y estaban mustios algunos pequeños pinos y castaños con los que habían repoblado recientemente la ladera. Pero la primera, levísima, humedad del atardecer hacía brotar de la tierra un perfume agreste que, de golpe, me devolvió lo mejor de los días perdidos. Si volvía el rostro hacia poniente, toda la ladera de la sierra me parecía de oro. A veces, me detenía a la sombra de alguna gran peña y posaba en ella mi mano como deseando extraer su latido de intemporalidad.

Tomé luego un camino que torcía hacia la izquierda a media ladera, el de la primitiva calzada, pero por matar el tiempo me salí de él y vagué caprichosamente entre el tomillo y los peñascales por los que, de vez en cuando, veía platear la piel reseca de alguna culebra o el cráneo calcinado de alguna liebre. Atravesé un pequeño desfiladero de roca y preferí abordar la cima del castro por la ladera sur, por uno de aquellos bancales ceñidos aún por enormes muros de piedras. A veces, me detenía para remover con mi pie el cenizal del yacimiento o algún mínimo resto de cerámica tardorromana. Con no poca dificultad, a causa del calor y de la pendiente, llegué a la cueva derruida que se abría en el terreno de mis antepasados y, al fin, subí a la cima, a la meseta cercada de roquedos, de suelo muy endurecido y barrida por una brisa aún fogosa.

Me senté allá arriba y oteé las dos laderas del monte, así como los caminos que hasta él llegaban desde los cuatro puntos cardinales. No se veía ni un solo ser humano. Sólo los graznidos de algunas aves de presa rompían la encendida mansedumbre de la tarde. Caía el sol y la luz que coronaba los montes y las lejanías iba cambiando del blanco al oro. No veía ni rastro de Lidia. Quizás yo me había comportado de manera ingenua al llegar hasta aquel lugar. ¿Cómo era posible que ella regresara a Europa para aquella absurda cita en un apartado lugar? El corazón se me llenó de dudas, pero me apaciguaba aquel áspero y sano perfume de jarales y tomillos, la pureza de la brisa, la infinitud de llanos y sierras que el último sol inundaba. Y me entretuve recordando algunas de las leyendas del lugar: la de la gran viga de oro que sostenía el monte, la de la imagen de la Virgen sepultada y descubierta, la de la princesa mora que, en noches de luna, se peinaba con un peine de plata y embelesaba con sus palabras a los pastores que osaban acercarse a ella...

Se fue intensificando la atmósfera del atardecer. El sol mordió por poniente la sierra y, aproximadamente a la hora esperada, vi cómo salía del pueblo un coche que enseguida comenzó a ascender por el camino. Torció luego hacia la izquierda para tomar aquel otro que se dirigía directamente hacia el castro y al que, al final, cerraban el paso grandes rocas. Vi de lejos, con cierta dificultad, cómo descendían del coche dos personas, un hombre y una mujer. El hombre — probablemente un taxista— volvió a entrar en el coche, dio la vuelta y regresó deprisa al pueblo dejando tras de sí una polvareda. La distancia que me separaba de aquel lugar donde quedó la mujer era mucha, pero sí suficiente para poder apreciar que era Lidia. Esta se había quedado de pie y

alzaba su cabeza en dirección a la cima del castro. Desde la altura, yo guardaba silencio y gozaba de su presencia en aquel mar de rocas, así como del placer de observar sin ser visto. Deseaba, por el momento, no moverme, no hablar, no alzar la mano por temor a romper el encanto de su presencia en aquel espacio que tanto había supuesto para nosotros en otro tiempo.

Esperé callado a que ella comenzara a avanzar hacia la cima, pero observé con sorpresa que no sólo no lo hacía, sino que, tras apoyarse con vacilación en una de las rocas, se sentaba. Continuó su contemplación de la cima con el rostro levantado en dirección a donde yo me encontraba semioculto. Esperé aún unos momentos, feliz e intrigado, pero Lidia no cambió de actitud; se quedó allá abajo, como petrificada, mirando fijamente en dirección a la cima del castro. ¿Suponía que yo no había llegado aún y esperaba? ¿Me había visto entre los matorrales y fingía? ¿O acaso había decidido esperar mi llegada a medio camino y no en la cima, como habíamos acordado?

Rompí al fin aquella tensión y también la emoción que me embargaba. Me puse de pie y, desde el borde de la atalaya, sin decir palabra, agité mis brazos. Ella, imperturbable, seguía quieta sin responder a mis señales. Así que, como pensaba que no me había visto a causa de la distancia, grité con fuerza su nombre en la tarde. Ella pareció despertar de su mutismo y, agitando uno de sus brazos, me saludó como sorprendida y feliz. Yo volví a hablar para pedirle que subiera hasta donde yo estaba y que renunciara a toda pereza, pero ella me respondió con naturalidad que se encontraba un poco cansada y que descendiera yo.

Bajé deprisa, corriendo cuando los pedregales me lo permitían, contento de volver a verla en aquel lugar, feliz de saber que la cita era una realidad. Ya estaba a unos veinte metros de ella cuando el gesto hierático de su rostro, aún alzado, y la luz del sol último (que se ocultaba exactamente detrás de su cabeza en aquellos momentos) me confundieron. Me detuve unos instantes ante su figura sentada e imperturbable y luego continué más despacio la marcha.

La cabeza de Lidia se volvió al fin, perdió parte de su rigidez, y pude apreciar que en sus ojos había no sé qué luz difusa. Era como si me mirara sin verme. Ningún músculo de su rostro parecía responder a mi presencia. Ya frente a ella, vi que sus vivas pupilas estaban ahora como levemente acuosas y difuminadas. Y vi también que esbozaba una sonrisa de tristeza y dulzura. Luego, me tendió las manos mientras decía: «Eres tú, ¿verdad?». Comprendí repentinamente su quietud y su rigidez; comprendí como quien recibe un latigazo en el rostro que los ojos de Lidia no veían, que Lidia estaba ciega, completamente ciega.

Me senté despacio a su lado en la roca y estreché sus manos entre las mías como quien estrecha las de una divinidad, con temor y con reverencia a la vez. Luego, el tiempo fue transcurriendo entre doloroso y tenso, no exento de una dulzura que no sabría explicar. De sus labios llegaron pronto las razones de su ceguera, y de aquellos ojos muertos salieron algunas lágrimas. Los dos reíamos y llorábamos mientras el monte se oscurecía a nuestro alrededor y parecía contemplar imperturbable, eterno, nuestra soledad de estatuas. Mientras oscurecía, hubo dulzuras y nuevas razones entre nosotros. Lidia, a pesar de aquella terrible e inesperada circunstancia, había acudido a la cita desde el otro lado del océano; había llegado hasta aquel monte de sus sueños perdidos; había quedado quieta bajo la luz del ocaso, entre las grandes rocas, muda, esperando no sé qué milagro. Quizás el de poder recuperar los ojos de su niñez. Pero, por una u otra razón, ninguno de los dos pudimos recuperar nuestra mirada de entonces.

Me esforcé en balbucear proyectos comunes mientras renunciábamos a ascender hasta la cima de nuestros sueños, mientras la cima de nuestros sueños parecía haberse derrumbado. Era como renunciar, de forma brutal, a lo mejor del sueño de la infancia y a cualquier tipo de esperanza presente. Cuando volvimos paseando lentamente aquel anochecer en dirección al pueblo, le pedí que, se quedara en nuestro país, que se quedara a mi lado, pero no supe —o no quise directamente saber— por qué razón ella insistía en regresar a su lugar de residencia. Sólo entonces comprendí que habíamos establecido aquella cita —seis meses antes, entre bromas y veras— sin saber cuál era su situación familiar. ¡Cuántas veces me he preguntado luego por los posibles seres o circunstancias que la esperaban allá, al otro lado del océano! Pero ella nada dijo, en su afán quizá de recuperar de alguna forma los seres que fuimos, un tiempo intenso y perdido.

Pasamos unos días, no muchos, en la casa de mis antepasados y, al fin, una noche —acaso para

no reconocer las ruinas del pasado, las ruinas que éramos— subimos a mi coche y abandonamos el pueblo como dos furtivos. Partimos en dirección a un aeropuerto al que quizás ella había llegado sólo unos días antes. La llevé hasta aquel avión que la conduciría hasta una vida de la que yo nada sabía, hacia la nada, hacia la muerte. La muerte, que era algo tan alejado de nuestra infancia, tan alejado de toda infancia. Y como ella, regresando entre el bosque de encinas, yo tampoco podía ver la noche a causa del dolor que sentía.

Tormentas de verano

A Jimena

Cada verano que regreso a Petavonium, paso varias noches en vela, no puedo dormir. Es algo que me sucede los primeros días: la mente se mantiene con una claridad cristalina que no permite la llegada del sueño. Pasan las dos, las tres primeras noches, y yo me pregunto por la razón de tal lucidez. No sé, acaso se deba a que el lugar aviva mi memoria. Al contacto con el valle y con la casa de los veranos de mi infancia, la memoria se afila como una cuchilla y brotan los recuerdos. ¿Son ellos, en realidad, los que no me permiten dormir o es este clima seco y ardoroso, lleno de aromas intensos, el que embriaga la mente y me lleva a esta lucidez dulcísima de las noches en vela?

Las primeras noches de este verano, por ejemplo, he pensado en el sueño que ha tenido una de mis sobrinas. Del sueño era protagonista un objeto que descansa ahí, a los pies de mi cama, en un rincón de la alcoba, cubierto por una colcha amarilla. Ese objeto es mi propia cuna, la cuna de mis primeros días —no creo que mida más allá de un metro de larga—, que mi abuelo construyó con especial esmero. Es pequeña y rústica, tiene sus barrotes de madera desbastados a navaja, y toda ella está pintada de un azul celeste. Alzar la colcha bajo la que esa cuna está y contemplarla es como desear penetrar en lo más recóndito de la memoria, en lo más profundo de mis días, cuando ni siquiera yo hablaba o andaba. Por eso, cada verano, cuando llego a la casa, levanto unos instantes la colcha para contemplar la cuna como quien levanta el velo que cubre un secreto. ¿O quizá como quien levanta cuidadosamente una venda para contemplar una herida? La impresión es muy vívida. Luego, decepcionado por el polvoriento silencio del objeto, la vuelvo a cubrir con la colcha, y olvido. ¿Olvidar porque no puedo recordar?

Pero hablaba de un sueño que había tenido mi sobrina la primera de las noches que aquí estuvimos este verano. (Unas veces, mis regresos a Petavonium son en solitario; otras —como en esta ocasión— me acompañan algunos familiares que me ayudan a despertar recuerdos, preguntas, sueños.) Soñó mi sobrina con mi cuna, pero lo asombroso era que en ella descansaba un niño muerto. Luego, la cuna se despegaba del suelo y flotaba, se movía dulcemente de aquí para allá, en el espacio negro y vacío del sueño. Desde entonces, ella tiene cierto reparo a quedarse a solas en la casa y pasa ante la cuna con sigilo y temor, echando una leve mirada al objeto cubierto con la colcha amarilla y bromeando para quitar fuerza a sus temores. Incluso la otra noche, cuando nosotros nos fuimos a pasar unas horas al pueblo de al lado, amedrentó al resto de los niños de la casa relatándoles su sueño. Para complicar aún más las cosas, había tormenta; una de esas tormentas que suelen caer a finales del verano sobre este valle con un estruendo enorme.

Los campesinos suelen precisar el día en que llegan este tipo de tormentas, hablan de la «tormenta de San Roque», es decir, de la que acaece en torno al día 16 de agosto. Muchos veranos, si esta tormenta es persistente, ya podemos dar por terminados los calores de la estación. Llueve con violencia y luego el valle y sus pueblos quedan ya con unas noches frías y puras para todo el resto del año. Lo normal, sin embargo, es que la tormenta de San Roque llegue como llegó este año: intensa, pero breve; con lluvia, pero mezclada con los aromas aún calenturientos y agrios de los jarales y de las encinas.

Llega, al principio, un viento húmedo y violento. Luego, cruzan el cielo los relámpagos. A su luz, se ven los montes negros y quietos como animales fabulosos. Las gentes —todavía hoy— se recluyen en sus casas y rezan. Así lo hacíamos en mi infancia. Se apagaban las luces y sólo quedaba encendido un candil. Su tibia llama parpadeaba bajo los labios que musitaban las plegarias. Mi abuela apagaba incluso el fuego del hogar, quitaba fuerza a las llamas removiendo los troncos entre

las cenizas. Era como si sólo fuese dueño y señor del fuego aquel cielo amenazante que incluso arrojaba algún rayo aquí o allá, sobre la alameda de la era o sobre algún rebaño rezagado. De tal manera que, al día siguiente, el rayo y las desgracias que había producido eran el tema de todas las conversaciones del pueblo.

Pero hablaba del sueño de mi sobrina y del temor que ella había transmitido a los demás pequeños de la casa la noche que los mayores nos fuimos a tomar una copa al pueblo de al lado. Ella se puso a contar el sueño de la cuna con el niño muerto y los ánimos infantiles se exaltaron. Todos comenzaron a ver las habitaciones del caserón cruzadas por cunas voladoras que iban y venían bajo el fulgor de los relámpagos. Al regresar a medianoche —cuando ya la tormenta había amainado y el aire olía a tierra fresca— nos encontramos con todos los pequeños en la casa de una vecina, a donde se habían ido a refugiar, entre bromas y veras, para huir de sus terrores nocturnos. Ahora ya reían abiertamente, y la noche era una certeza de dulzura y placidez.

Pronto se durmieron todos en la casa, pero mi memoria seguía en el lecho, afilada y cristalina. Su lucidez —habitual como digo, durante los primeros días— se había acentuado ahora con el paso y frescor de la tormenta. Mis nervios estaban doblemente relajados y, además, me obsesionaba aquel sueño de mi cuna, y el niño muerto en ella, y los «miedos veladores» de aquella noche de tormenta. A los pies de mi cama, reposaba bajo la colcha aquella sombra informe de la cuna y he de confesar que yo también sentía un leve escalofrío al considerar las circunstancias del sueño. Luchaba por extraer del objeto alguna circunstancia real y objetiva. Y del niño que allí había reposado en sus primeros días. Pero nada brotaba de mi memoria. A lo sumo, si me esforzaba, lograba imaginar las manos diestras de mi abuelo puliendo con su navaja los barrotes de la cuna y pasando luego sobre ellos el pincel empapado de azul.

No duermo las primeras noches en Petavonium, a pesar de que de día agoto el cuerpo. Asciendo al atardecer a la cima del castro prerromano lleno de rocas de oro, o camino entre las viñas que parecen no acabar nunca. Los demás no comprenden esta ebriedad mía del caminar sin pausa y sin límite, así que con frecuencia me abandonan. Esto sucedió, por ejemplo, la otra tarde. Casi todo el grupo buscó las lagunas llenas de juncos que hay a la entrada del pueblo para bañarse y yo me dispuse a dar uno de mis largos paseos. Poco importa ahora la descripción del recorrido que hice. Por cualquier camino que se salga del pueblo siempre se suele acabar en un vallecito silencioso y ameno, sombreado de encinas, en el que zumban las abejas o zurean las palomas bravas de algún palomar abandonado.

Llegué así esa tarde a un pequeño despoblado que había en el monte. Lo que en tiempos debió de ser una alquería autosuficiente y llena de vida, ahora sólo eran un grupo de ruinas habitadas por un par de ancianos. Me senté unos momentos con ellos bajo una parra que había en la puerta y acepté el ofrecimiento de un vaso de vino fresco. Fue de manera inmediata, al presentarme y decir quién era yo, cuando la anciana pronunció la frase directa y quemante. Al oírla, toda mi memoria se revolvió:

—¡Ah, sí, claro que te conozco: tú eres el que estuvo muerto!

Comprenderá el lector mi sorpresa y mi inquietud ante estas palabras. A duras penas tuve dificultad para esbozar una sonrisa y, guardando silencio, dejé que la anciana siguiera hablando, hiciese un poco de luz sobre cuanto acababa de decirme.

Con esa franqueza y naturalidad que sólo se da en determinados campesinos, ella me recordó a mí a la edad de un año, tumbado en aquella cuna que había hecho mi abuelo; me recordó primero deshidratado, muy enfermo, y luego —insistía una y otra vez— muerto. De nada sirvieron, al parecer, unos masajes sobre mi pecho y mi vientre con un brebaje hecho con aceite de oliva y manzanilla amarga que ella misma había preparado. Estaba, sin más, muerto y por tal todos me tuvieron.

—Pero ya sabes lo que pasó... —añadió la vieja con fruición.

Yo, en mi afán de obtener más información de ella, afirmaba con la cabeza sin saber bien a qué se refería.

—Era el día de San Roque. Aquel año hacía un bochorno horroroso. Ya estabas sin aliento, muerto, y todos lloraban en la casa, pero de repente llegó la «truenas». Comenzó a llover y acabó cayendo agua a mares. Primero abriste los ojos y luego te sentaste en la cuna. Gracias a aquella tormenta y a san Roque ahora estás aquí, todavía vives.

No tardé en regresar al pueblo estupefacto. Volvía despacio entre las viñas, sobre el camino de tierra roja, pensando en el sueño que mi sobrina había tenido: en el niño muerto que ella soñó y en el niño muerto que yo fui, en la cuna que quería desprenderse del suelo para volar y en la real que yo todavía podía tocar con mis manos. Pensé en la tormenta de sólo dos noches antes y en la tormenta que me había devuelto la vida el mismo día de San Roque, pero ¡cincuenta años atrás! Pensé en la mujer que quedaba en el monte, en la atenta vecina que ella había sido, y en la vecina que había acogido a los niños unas noches atrás.

Regresaba despacio entre las viñas, mientras escuchaba los gritos que la anciana le dirigía a su marido, que era completamente sordo y que había seguido nuestra conversación entre ausente y embelesado:

—Sí, hombre, ¿no lo recuerdas?, es el que estuvo muerto...

El sueño de Armuz

De mis días en Petavonium recuerdo un viaje que —por razones que hasta hace poco desconocía— fue decisivo para mí. El cura de Fuentes era tío-abuelo mío y se ocupaba de otros dos pueblos más de los alrededores. Armuz era uno de ellos. Recuerdo muy bien el día en que le pidió permiso a mi familia para que yo le acompañara a la fiesta mayor de aquella aldea olvidada del mundo. Salimos muy pronto, al amanecer. Iba el cura delante en un caballo alto y nervioso que se encabritaba al pasar los vados de los regueros y yo le seguía detrás montado en un asno que portaba dos enormes alforjas. En ellas iban los objetos sagrados para el culto de la misa, que sólo se decía una vez al mes en la temporada de buen tiempo y uno de los días de Navidad en los meses invernales. En esta época no faltaba la nieve y los caminos estaban intransitables.

Iban en las alforjas de mi asno el copón, el cáliz, la patena, los ropajes y ornamentos sagrados envueltos en unos paños cárdenos y deslucidos. Salimos, como he dicho, al amanecer y debíamos llegar a mediodía a Armuz. Allí dormiríamos y, al día siguiente, tras celebrar la fiesta con sus actos religiosos y profanos —los primeros, constaban de misa solemne y procesión; los segundos, de una comida y un baile públicos—, regresaríamos al atardecer para llegar a Fuentes ya con estrellas. Los momentos de la ida a Armuz son los que han permanecido más vivos en mi memoria. De los instantes pasados en la aldea me siento como conmocionado por algo que pasó allí, y de lo que apenas tengo recuerdos. Es más, éstos no van más allá de una serie de breves visiones —casi simbólicas— que son las que a mí me persiguen desde entonces en mis sueños: el patio de la casa parroquial con sus flores y un pozo entre altos muros de piedra, el ábside del templo junto al huerto de enormes frutales, las humildes calles de la aldea, asaltadas aquí y allá por enormes peñascales negros, la presencia de otros niños, un riachuelo que cruzaba rumoroso monte abajo...

Acabo de hablar de mis sueños. Recordaré aquí el más obsesivo de ellos. Estoy contemplando el huerto de la iglesia de Armuz, situado detrás del tosco ábside. Es una hora muy sombría y veo a alguien que cava muy nerviosamente con una azada en la tierra negra, en ese concreto límite que hay entre la piedra del muro y la tierra. Cava un hombre y, a pesar de la oscuridad, veo brillar en el suelo un tesoro del que apenas puedo distinguir las formas porque siempre me despierto en ese preciso instante. El sueño se ha repetido a lo largo de los años con ligerísimas variantes, pero siempre hay una serie de elementos-clave que no varían: la iglesita de Armuz, de piedras negras y oxidadas, la hora sombría, la persona que cava junto al muro y que parece hallar un tesoro. Quiero decir con esto que Armuz, además de ser para mí uno de esos lugares vivísimos de la memoria infantil, vuelve a veces por medio de ese sueño enigmático.

Por una y otra razón (y después de tantas dilaciones), este verano decidí volver a Armuz. Durante muchos veranos había contemplado desde lejos, en la ladera de la sierra, el punto rojizo del pueblo, rodeado de blancas alamedas. Hasta ahora, me había ceñido a ensoñarlo. Al fin, el interés y la ocasión me hicieron regresar a él. Salí, como entonces, de madrugada. Ahora iba en mi coche, pero sin prisas, y me esforzaba por despertar los recuerdos de aquel primer viaje. Regresando tanto tiempo después a Armuz, mi memoria se iba a desvelar al máximo.

Ahora el pueblo había perdido la naturalidad y la vida de entonces. Varias casas estaban en ruinas. Había pocos habitantes y, casi todos, eran ancianos. Los recuerdos de entonces se despertaron en mí de manera especial cuando me acerqué a la casa parroquial, que se hallaba en un penoso abandono. Por un muro abierto pude llegar hasta el patio interior, lleno de mucha maleza —

ortigas, zarzales, saúcos—, y me asomé también al pozo, que estaba casi completamente cegado por piedras y escombros. La iglesia se mantenía en pie, pero —como en los viejos tiempos— en ella sólo se oficiaba en las grandes ocasiones, cuando el nuevo cura de Fuentes acudía en Pascua y en Navidad. Mi tío, claro está, había muerto hacía años.

Yo iba y venía entre ruinas y callejones y, de golpe, volvieron los días de la infancia. No sé por qué comprendí que algo terrible había sucedido entonces. Me volví a recordar en el patio interior, como encerrado, en compañía de otros chicos. Todos mirábamos con avidez a través de una ventana enrejada. Había, recuerdo, mucho ajeteo en las calles. Iban y venían las gentes con mi tío. Más tarde, ya bien entrada la noche, llegó en sus caballos una pareja de la Guardia Civil. Se vio luz en las ventanas del Ayuntamiento hasta la madrugada. Algo grave había pasado, pero yo ahora no lograba recordarlo, por más que me esforzaba. Sí recuerdo aquella especie de encierro en el que nos tenían a los chicos, nuestras curiosas miradas hacia la calle y aquella noche de faroles y sombras raudas, de voces, cascos y pasos, tan llena de inquietudes. Nada más.

Volviendo a mi presente visita a Armuz, diré que tras mi melancólico paseo por el pueblo, le rogué al que hacía las veces de sacristán o santero, que me abriera la puerta de la iglesia para visitarla. Mis recuerdos se ahondaron aún más. En unos instantes no exentos de confusión mental se agolparon en mi interior los celos, los temores, las sospechas, las inquietudes, la curiosidad. La iglesia se encontraba más o menos como entonces: con su severidad, su suelo de grandes lastras pizarrosas, sus santitos de madera y su bello retablo central. Me agradó encontrar el lugar mejor conservado de lo que esperaba. No opinaba lo mismo el santero. Sus palabras eran un continuo lamento. No hacía otra cosa que quejarse del abandono del pueblo, de la continua huida de los jóvenes hacia las zonas industriales y del abandono de la agricultura y del pastoreo, ya sentenciados a muerte.

Me había acercado al altar mayor para observar con detenimiento la imagen central del retablo —una Virgen sencilla y oscura, pero muy antigua, sin duda románica— cuando el santero continuó con sus quejas:

—Tampoco esta imagen es la misma de un tiempo. No, no me refiero a que la hayan cambiado por una de esas de escayola y purpurina, como ha sucedido en otras parroquias con la ayuda de algún avispado anticuario. La Virgen es la misma de siempre y ¡no puede usted imaginarse lo valiosa que es! Pero más valían aún las joyas que tenía encima y que un día desaparecieron sin que hayamos vuelto a saber nada de ellas. La imagen tenía una corona, un collar y otros aderezos que había donado un indiano natural de este pueblo. No sé cuántos kilos en oro y plata se decía que había traído aquel hombre de México. También de oro y de plata eran aquellas joyas que él donó para la Virgen. Nadie sabe con certeza cómo sucedió el robo. Era la víspera de la fiesta mayor del pueblo. No hacía mucho rato que el cura de Fuentes había llegado con su sobrino para disponerlo todo. Porque ya entonces, como ahora, Armuz no tenía cura y por eso debía venir el del pueblo de al lado. Se había abierto la iglesia para limpiarla y ornamentarla. El ladrón debió de quedar agazapado en algún rincón del templo o en el campanario. Al día siguiente, cuando mi madre abrió pronto el templo para las celebraciones, la imagen ya no tenía sus joyas. También faltaban todos los vasos sagrados que el cura había traído consigo. No vea usted qué disgusto nos llevamos; sobre todo en mi casa. Mi madre tenía las llaves y la responsabilidad de la iglesia. Afortunadamente, tanto ella, antes de morir, como la familia ahora, siempre hemos tenido la conciencia muy tranquila, pues enseguida se supo quién había sido el ladrón. No podía ser otro que una mala pieza, un demente que había en el pueblo, siempre inesperado y agresivo en su comportamiento. Desde aquella misma noche nadie le ha vuelto a ver. Desapareció con lo robado como un fantasma. Por más vueltas que ha dado la policía no ha podido encontrarlo. ¡Quién sabe si el oro y la plata de don Elicio el indiano habrán vuelto a América de la mano del ladrón!

Me despedí del santero. Subí al coche y dije adiós a aquel puñado de casas inhóspitas y semihundidas de Armuz, que nada tenían que ver con el lugar misterioso y ensoñado de mi infancia. Pero qué duda cabe que, regresando aquel atardecer, sierra abajo, entre los primeros viñedos

envueltos en una luz verdeoro, el sueño y la realidad volvieron a confundirse en mi memoria. Me sentía en posesión de las piezas de un rompecabezas que no lograba recomponer. Con sueños y realidades no lograba tejer una trama coherente. También sentía cierta culpabilidad, pues no le había dicho al santero algo que a él le hubiera anonadado: que yo había estado en Armuz el día del robo, que yo mismo había traído con mi tío los objetos sagrados al pueblo. El santero no había llegado a saber quién era yo porque, ante la noticia del robo, me había quedado como mudo. De golpe habían vuelto para mí las medrosas impresiones de aquella noche y, sobre todo, mi sueño, mi sueño obsesivo, en el que un hombre cavaba, cavaba con ansiedad junto al muro de la iglesia.

Me fui una vez más de Armuz y dejé que pasara el tiempo, un par de años. No quise que en modo alguno se estableciera relación entre mi reciente visita al pueblo y una carta que el alcalde de Armuz iba a recibir. Una carta —anónima— de la que, sin embargo, yo iba a ser el autor. Desde que regresé, comenzó a crecer en mí la sospecha de que me hallaba ante uno de esos casos de la psicología profunda que Jung llama de «sincronicidad». ¿Quién podía ser aquel hombre, que en mi sueño enterraba o desenterraba un tesoro en la base del muro del templo, sino el ladrón? Consulté algunos libros. El fenómeno de sincronicidad se produce cuando confluyen dos factores: la extremada sensibilidad de una persona (muchas veces la de un niño, la de un adolescente) y un acontecimiento excepcional que produce conmoción. Los dos factores se daban en mi caso. Por eso, al cabo de un par de años, sin poder aguantar más mi secreto, envié al alcalde de Armuz el siguiente texto anónimo:

«Por favor, excaven en la tierra del huerto de la iglesia, junto al muro del ábside. Háganlo enseguida, al recibir esta carta. *Es muy importante*».

No podía arriesgarme a que se estableciera la más mínima relación entre mi persona y el robo. ¿Quién iba a creerse que los hechos se me habían comunicado de manera totalmente inconsciente, a través de un sueño? En una hemeroteca seguí con curiosidad extrema las noticias que publicaba el periódico de la capital de la provincia donde Armuz se encuentra. No hacía muchos días que había enviado al alcalde mi anónimo cuando en el periódico apareció este sorprendente titular: «ENCUENTRAN EN ARMUZ JOYAS ROBADAS HACE 30 AÑOS». Debajo, con detalle, se daba cuenta del hecho. El cronista terminaba haciendo cábalas sobre las «misteriosas características del hallazgo», debido a «una circunstancia casual».

¿Por qué el ladrón no regresó nunca a recoger el tesoro que había enterrado aquella misma noche? ¿Por qué precisamente fui yo el que conoció la verdad a través de un sueño que me perseguía desde la infancia? ¿Sincronicidad? He de terminar confesando que, desde que he leído el titular del periódico, nunca más he vuelto a tener el sueño del hombre que cava y esconde un tesoro con ansiedad junto a la iglesia. Y es que, según las mismas teorías jungianas, cuando se hace luz sobre el pasado, se acaba con la obsesiva enfermedad de soñarlo.

El cofre

Aquel maestro estaba obsesionado con el aire puro. Casi todo el año tenía abierto el balcón del aula. Entraban los aromas del encinar y de las hojas frescas de los chopos. En otoño, el perfume áspero de las hogueras de hojas secas y en primavera los de las húmedas huertas profundas. Una docena de chavales había cambiado el colegio oficial por aquella pequeña escuela doméstica, porque se corrió la voz entre los padres de que aquel maestro era excepcional.

¿Escuela? Se trataba sólo de una habitación de la propia vivienda del maestro; una habitación espaciosa, con sus dos balcones —uno daba a la calle, el otro al patio— y tres o cuatro grandes mesas de pino, bien fregadas con lejía, blancas y relimpias. Conocíamos desde siempre a aquel hombre, pero ¿por qué sólo ahora había abierto, en una de las habitaciones de su casa, aquella modesta y casi familiar escuela?

En cualquier caso, el buen rigor de las clases era para nosotros *otro* tipo de rigor. Nada tenía que ver con el monótono y ritual rigor de los demás colegios. Se trataba de un rigor natural. Estábamos sorprendidos por los nuevos hábitos. La limpieza, por ejemplo, y la oxigenación eran algunos de los más obsesivos. Nadie hubiera esperado encontrar en una escuela aquella impoluta limpieza de la madera de las grandes mesas, el orden mili-métrico de los objetos, el amor inflexible hacia plantas y animales, el respeto al prójimo, el llamativo brillo de las botas del maestro, que se resquebrajaban en los pliegues.

También nos dábamos cuenta de que sabíamos más utilizando menos libros, con sólo aquella «enciclopedia» un poco gruesa y de segunda mano —el maestro se cuidaba de que quedara bien conservada para pasarla a otros alumnos— que compendia todo el saber universal. Aprendíamos más y, quizá por ello, nos dolía que se juzgara con más rigor nuestro comportamiento en clase y fuera de ella.

Pero, por otro lado, no comprendíamos muy bien la total relajación —la inexistencia, más bien— frente a las prácticas religiosas. No salíamos de nuestro asombro cuando en primavera se celebraban en la ciudad multitudinarios «ejercicios espirituales» y pasaban en largas filas, hacia las parroquias, los chavales de todos los colegios, mientras nosotros quedábamos en plena libertad «para ir o para no ir». «Consultad con vuestros padres», nos acababa diciendo el maestro.

Naturalmente, los alumnos de la modesta escuela privada —con la mala conciencia del que prueba fruto prohibido— no consultaban con sus padres; nos quedábamos extraviados en las arboledas del río, arañándonos y chapoteando en regueros y en zayas. Incluso sentíamos un ligero grado de malestar y de celos respecto al resto de los chicos que acudían a los «ejercicios», pues ellos tenían la oportunidad de estar en compañía —en la iglesia, durante siete días— de aquellas pandillas de chicas tras las que entonces andábamos enamoriscados.

El rigor escolar, pues, junto a una clara relajación, el oír hablar en clase con libertad de temas que no venían en los libros, el balcón siempre abierto los días de sol en cualquier estación del año, el maestro (que antes no era maestro, pero que ahora sí lo era...). Pequeños misterios para la mente infantil, que ya comenzaba a habituarse a que las cosas no se conceden en la vida de manera fácil o gratuita. Mas recuerdo que había en la clase un objeto que suponía para mí el mayor de los misterios de aquel nuevo curso escolar.

Había en una de las paredes una estantería cargada de libros meticulosamente ordenados, algunos de ellos forrados con basto papel de estraza, de color azulado o marrón. En ella, hacia el centro, en uno de los amplios estantes al que no podían llegar nuestras manos, se encontraba un

cofreillo de madera. El cofre estaba situado a la altura de los ojos del profesor, de tal manera que sólo él podía abrirlo y curiosear en su interior sin ser observado. Pero ¿qué había dentro de aquel cofre de madera?

Transcurrían los días y, con la cabeza baja y de reojo, yo veía cómo el maestro se acercaba esporádicamente a la estantería, alzaba la tapa del cofre y contemplaba con lentitud y delectación su contenido. Luego, volvía a la normalidad de las lecciones o se quedaba quieto y perplejo en la mesa, fumando con complacencia, pensando —eso al menos creía yo— en el objeto que acababan de ver sus ojos.

¿Qué había allí dentro? ¿Qué objeto precioso, foto o recuerdo, estaba depositado dentro de aquel cofre? ¿Y por qué sólo se avivaba en mí la curiosidad por aquel gesto del maestro, por aquel periódico y sigiloso alzar la tapa para contemplar, como extasiado, su interior? Creo incluso que en alguna ocasión le pregunté a uno de mis compañeros de mesa por aquel comportamiento, pero él, despreocupado, se encogía de hombros y seguía abrumado con sus tareas.

Algunas veces, cuando el maestro salía del aula o yo me quedaba solo o con algún compañero, al final de las lecciones, para terminar mis deberes, sentía como un imán la atracción del cofre, el deseo de coger una silla para subirme a ella y abrirlo con avidez para desvelar aquel misterio que me corroía. Pero me atemorizaba la severidad del preceptor, aquella endurecida vara de mimbre que descansaba sobre su mesa, junto a la caja de los lapiceros. Aquella vara que sólo era un símbolo temible, pues rara vez la utilizaba.

El misterio fue en aumento y me resultó mucho más oscuro el día en que el maestro se puso ligeramente de puntillas, irguió sus hombros y metió las dos manos en el cofre. Luego, las mantuvo allí dentro durante unos segundos, como si removiese o acariciase el objeto que contenía. Rara vez hacía aquel gesto, que vino a acrecentar mi intriga. Y yo volvía a pensar: ¿una joya?, ¿un pequeño animal disecado?, ¿un querido objeto familiar?, ¿algo prohibido, un arma? Aquella concentración de él, que me estaba vedada, aquella obsesión, me intrigó todavía más.

Uno de esos días en los que me había quedado solo en clase para completar mis ejercicios (y cuando a hurtadillas había comprobado por el balcón abierto que el maestro se encontraba abajo, en el patio, echando grano a sus palomas), me levanté de la silla y me acerqué a la estantería. Miré con detenimiento el cofre. Luego, tuve la osadía de tender hacia él mi mano derecha y rozar con dos dedos su áspera y taraceada superficie. Pero de ahí no pasé. Y el misterio siguió, y con él mi obsesión ante aquellas periódicas y secretas contemplaciones del maestro.

Pasó aquel año —quiero decir, aquel curso— y pasaron las simples pero rigurosas normas de comportamiento que, sin embargo, han quedado bien fijadas en nuestras mentes. Los padres, después de aquella experiencia escolar tan provechosa de sus hijos, parecían coincidir en que éstos habían adquirido en un año los conocimientos que normalmente se adquieren en dos. Pero aquel tiempo de excepcional aprendizaje llegó tan repentina como inesperadamente a su fin. Un día, ya acabado el curso, fuimos citados de nuevo en la habitación que hacía las veces de aula. El maestro nos citó para despedirse de nosotros. Cerraba definitivamente su modesta escuela.

¿Qué es lo que había pasado? Observamos enseguida que en la clase había algunos cambios. Las mesas y las sillas aún estaban en su sitio, pero los libros se hallaban acumulados sobre ellas, dispuestos posiblemente para ser empaquetados. Lo mismo sucedía con el resto de los objetos. Por ejemplo, allí, sobre una de las mesas, al alcance de cualquier mano curiosa, también se hallaba el pequeño cofre de madera taraceada. El cofre ya al alcance de la mano, pero aún cerrado, guardando todavía celosamente su secreto.

Ni siquiera pude acercarme a él porque pronto fuimos colocados en fila, de espaldas al balcón, para la despedida formal y definitiva. El maestro se situó en la puerta y comenzamos a pasar frente a él de uno en uno. Parsimoniosamente fuimos recibiendo consejos y un beso. Precisamente vimos temblar las lágrimas en sus ojos al abrazar a los alumnos más díscolos, aquellos con los que su vara había dejado de ser, en algunas ocasiones, algo más que un símbolo de respeto.

Salimos todos de la habitación. Pronto, mis compañeros se perdieron escalera abajo, ruidosamente, despreocupados y felices, porque aquella segunda y definitiva despedida fue para ellos como una segunda vacación. Había una cálida corriente de aire entre el balcón abierto del

patio y la puerta. Me llegaba con ella el perfume de los chopos jóvenes de junio, el frescor agridulce de sus hojas mezclado con el zureo de las palomas en el patio y —siempre— aquel leve olor de las mesas lavadas con lejía. Vi las espaldas del maestro más encorvadas de lo habitual, su cuerpo que se detenía junto al cofre. Más tarde, observé cómo sus manos se dirigían hacia él para prolongar aún el misterio que me había obsesionado a lo largo del curso.

El maestro se volvió a continuación y, por la rendija de la puerta entreabierta, medroso y estupefacto, pude ver el objeto que había extraído del cofre y que mantenía amorosamente entre sus manos. Era un reloj: un reloj grande y redondo de bolsillo al que, lentamente, se puso a dar cuerda. Contemplé sus ojos, todavía turbados por las lágrimas; divisé sólo durante unos segundos aquella escena y luego, con extremado sigilo, bajé de una en una las escaleras de madera, atemorizado porque uno de aquellos leves crujidos, que hacían mis pies sobre los viejos escalones, pudiera evidenciar que yo estaba en conocimiento del más delicado de los secretos.

Pasaron los años, aquel tiempo que el maestro controlaba fielmente en la esfera de su reloj; aquel tiempo arrancado del cofre como un secreto esencial y que él avivaba, de vez en cuando, al darle cuerda. Luego, ya mayor, he interpretado la simbología de aquellos gestos. También, con el paso de los años supe que en nuestro país hubo una guerra civil y que aquel maestro había pertenecido a uno de los dos bandos, el de los perdedores. Y que, casi veinte años después de acabada la guerra, había intentado abrir su escuela discretamente, y que el secreto había sido conocido y denunciado por persona anónima. De nada servía la calidad de la enseñanza impartida. La escuela había sido cerrada por orden de la autoridad gubernativa. Pero éstas son historias de mayores de las que yo ahora no quiero hablar aquí; historias sin misterio alguno, sin aquel indescifrable misterio del tiempo secreto y avivado en un oculto reloj de mi infancia.

Segunda parte

Contemplaciones desde la azotea

Definitivamente nos hemos convencido de que hemos llegado a esta isla para socavar el Tiempo. Yo así lo pensaba hoy tumbado entre los olivos de las laderas que cercan el Portus Magnus. Habíamos trabajado toda la mañana un poco más arriba, en la rocosa cripta paleocristiana que el torrente y la desidia de los hombres habían cegado. Aquella misma labor nuestra era toda una penetración en el tiempo. Nos encontramos con un par de humildes columnas de guijarros y argamasa que se apoyaban en un murete romano y, mucho más abajo, aparecieron algunos trozos de cerámica púnica. La cerámica árabe apareció más en superficie y de ella ya habíamos llenado varios cestos. Se confunden las culturas y el sueño entre nuestras manos heridas y sucias. Toda una lección.

Pero la razón de cuanto hemos venido a buscar sólo la he encontrado, de manera absoluta, en este momento, con el primer sopor de la tarde, con los sentidos adormecidos y a la vista de la infinitud del horizonte marino. Por ese fondo debieron de venir —vinieron— los que han dado dimensión a estas costas, a estos capazos repletos de cerámica destrozada, a nuestra propia vida. Sólo hoy he comprendido que lo que justifica nuestra presencia aquí está mucho más allá de las aguas, muy lejos de estos montes y valles por los que buscamos la armonía, los huesos descompuestos por los siglos de los que nos precedieron. Y un sentido más hondo para nuestras propias vidas.

Con este descubrimiento me he sentido feliz y desolado a un tiempo. Feliz, porque es dichosa nuestra empresa, este enajenado dejarse arrastrar por los siglos, en el Tiempo. Desolado, porque la razón última está lejos, aún más lejos de las grutas y de los huertos de la isla. ¿O todo está cerca, demasiado cerca, en nuestro interior? Acaso ese tipo de desolación nos hará pensar muy pronto en que otra vez estamos perdiendo el tiempo, en que no vivimos conscientemente, es decir, de una manera «trascendida», sino que nos dejamos transcurrir hacia la negación y hacia la muerte.

Esta última razón está reforzada por las palabras de Max, al que veo amontonar desde hace rato la leña contra el muro de piedras caídas. Ya encendido el fuego (y con el humo sabroso de las piñas y de los sarmientos en el aire), se ha acercado para interrumpir mis reflexiones. Intuyendo probablemente que algo raro estaba pasando dentro de mí —acaso adivinándolo todo— me ha dicho:

—¡Qué hermosa está la bahía...! Sin embargo, ya no es la que fue, la que yo vi hace treinta años, cuando llegué a la isla. Tampoco es la misma la transparencia de las aguas, ni las costas, ni el mismo pueblo. El de aquellos días era un pueblo estrictamente marinero y campesino, y un poco comerciante. Año tras año he visto cómo se enturbiaban las aguas, cómo el cemento borraba algunos de los horizontes. El dinero lo corrompe todo. La diosa Tanit ha sido sustituida por el dios

Dinero. Y así sucede en casi todos los sitios, no sólo aquí. Por suerte, todo el interior de la isla y muchos rincones de la costa, todavía son una maravilla; aunque allí sucede precisamente lo contrario: es el abandono el que ha entristecido los lugares. Los muros blancos de un tiempo se hallan carcomidos por la humedad; no se aran las tierras y las lluvias derrumban —otoño tras otoño, primavera tras primavera—, los centenarios banales. Lluvias y abandono acabarán llevándose todos los terrenos de cultivo, los feraces huertos con naranjos, nísperos y laureles que se han protegido y mimado a lo largo de siglos. Una tierra como la que aquí hay en los lugares fértiles no existe en todo el Mediterráneo. Esta tierra ofrece una cosecha tras otra si se la mima, aunque ya el archiduque Luis Salvador nos recordó que tradicionalmente sólo se cultivaba la tierra lo estrictamente necesario. Ahora todo está un poco como en descomposición...

Max ha vuelto a su hoguera. La recompone, acumula las ramas ya ardidadas o echa en ella otras muy resecaas que antes ha ido escogiendo cuidadosamente del montón. El fuego vuelve a llamear con fuerza. El fuego abrasa un poco su pesimismo, nuestro pesimismo; nos vigoriza y tiende a arrasas la más mínima sombra de desconsuelo. El fuego purifica la tarde, ya extremadamente pura sobre estas lomas. Y vuelvo otra vez los ojos hacia la mar, hacia la línea levemente cóncava, perfecta, de su límite. Sí, por allí debieron de venir los que aún justifican nuestra existencia, los que nos hacen viajar porque ellos viajaron, soñar porque ellos soñaron. Sí, efectivamente hemos venido a socavar el Tiempo. Y para ello será preciso ir mucho más allá de estos instantes en los que una brisa muy leve lleva y trae el humo de la hoguera entre los troncos de pinos y olivos.

Tamara, la hija de Jaume, ha venido con un puchero lleno de olivas verdísimas. Olivas de olivos como éstos, recogidas no hace mucho. Y en su dureza y en su sabrosa acritud reconozco mis propios pensamientos.

—Saben raras, ¿verdad? —vuelve a decir Max—. Verás cómo al fin te acostumbras a su sabor y te acaban gustando.

Pienso, sin más, que el existir es como una costumbre repetida, en la que hay que insistir y creer para acabar amándola. Un fruto muy verde siempre a medio madurar. Como el fruto que Tamara me ha traído en estos momentos.

Alguien pregunta si, tras la comida, volveremos a trabajar en la gruta. Unos, se han echado a reír; los más, han protestado. Entre bromas y veras el grupo se divide en dos bandos. Sabemos que en estos días el sol todavía desciende pronto tras los islotes y que la humedad avanza en la tarde más deprisa. Por eso, suponemos que el trabajo puede darse por concluido. Tomada la decisión en firme, tranquilizados, todos se relajan de nuevo y parecen estar dispuestos a seguir charlando perezosamente, o a dormitar bajo una tarde todavía muy suave.

Ligeramente apartada del grupo, veo a Mara. También ella está tumbada bajo la sombra humilde, pero plateada y luminosa de un olivo. Tiene las piernas encogidas, una brizna de hierba entre los labios y los ojos entrecerrados. Y veo que si los abre completamente es para borrarlos a todo el grupo con una mirada de suave tristeza. Y luego sonrío.

Habíamos bajado muy de mañana a la gruta. Las botas resbalaban en las piedras húmedas. Arriba, quedaba la ermita construida en el siglo XVIII, extremadamente burda y pesada, pero en sintonía con el primitivo paisaje que la rodea. A sus espaldas, hay un prado cuadrado que está como empotrado en la tierra, algo más bajo que las quiebras de los alrededores. En uno de sus extremos se ve la hendidura horizontal, entrecerrada como unos enormes labios entreabiertos, de la gruta. Por allí se penetraba en el primitivo templo. O en los primitivos templos. Ahora, de momento, sólo trabajamos en el breve espacio de unos treinta metros cuadrados, en lo que fuera la primitiva capilla paleocristiana.

Pero qué lejos queda este modesto lugar de lo que las palabras significan. Catacumba, más que capilla, es en realidad. Y, a su vez, gruta más que catacumba. La raíz del cristianismo se dejó ver aquí con toda su carga de renuncia, de negación. ¿Qué es lo que llegó a pasar fuera para que el hombre rechazara la mar y la luz, para que ahondara en la roca buscando las tinieblas? ¿Qué cataclismos tuvieron que producirse en las ideas, en los sentimientos y en las costumbres de la

Antigüedad para que el ser humano renunciara a la luz y se achicara cada vez más entre estas enormes rocas empapadas de humedad? Se abandonaron los antiguos templos, se destrozaron las figuras de barro humilde. Hubo, en definitiva, como una gran negación del mundo y de su naturalidad.

Aquí se comprende cuanto digo mucho mejor que en cualquier otro lugar de la isla. Arriba, la luz que se levanta del mar como una hoguera blanca y, sin embargo, aquí abajo, un grupo de personas —veinte, treinta a lo sumo— buscaban en tiempos(una nueva interpretación del hombre por la vía de la negación y de las sombras: les sobraba la luz y perseguían la renuncia, la compasión y el amor.

Parece ser que, en primer lugar, había un espacio más amplio —inmediatamente después de la tosca y erosionada escalera de piedra— donde las gentes se reunían. Luego, estaba la capilla: un hueco en el gran hueco de la gruta de unos dieciséis metros. A la izquierda, hay un pasadizo todavía a medio limpiar por el que, con dificultad, puede pasar una persona encorvada. Parece ser que comunicaba la cripta con la ermita que más tarde se construyó en la parte superior. Pero, a su vez, el pasadizo comunica con otro aún más profundo que sigue el descenso natural de la gruta; un pasadizo lleno de pequeñas simas y de pedregal, de peligros, que conduce al santuario púnico. Bajo la roca, en lo oscuro, se comunican y se borran los tiempos, las ideas, las religiones, los sueños. El abandono lo domina todo, es la lección.

Entre otras razones, los tiempos se confunden porque tenemos problemas con la fijación de las fechas, pues el yacimiento ha sido dañado por los saqueadores de tumbas. Queremos, de momento, quedarnos en este primer recinto porque nos espanta lo que pueda haber debajo de sus piedras, bajo su humilde argamasa. Nos desconcierta y asusta cualquier trozo de *sigillata*, o un asa de vasija púnica incrustada en los bajos de un muro de la capilla medieval. Esos signos podrían obligarnos a hundirnos más y más en este lugar, en sus sueños destrozados, en el Tiempo. Sí, hemos venido en definitiva a socavar el pasado, a identificarnos con él, a encontrar una sola huella de entonces que sea símbolo que nos ilumine. A buscar ese símbolo, a desenterrar ese sueño todavía no machacado, dedicaremos nuestras mejores fuerzas. A los nuevos bárbaros no les concederemos ni una sola gota de nuestro tiempo.

Tras la jornada de trabajo y ocio regreso en dirección a Ebusus con Mara. Ella conduce mi desvencijado Renault, que salta ruidosamente en los baches del camino de tierra y bordea la torrentera en las curvas, sobre los precipicios, con un riesgo que no está exento de seguridad; de esa seguridad que tanto la caracteriza y que a veces resulta molesta para los demás. Ya fuera del pinar, nos sorprende de manera más intensa la llegada del otoño en la carretera bordeada de enormes plátanos. Todas las hojas de estos árboles se han ensuciado repentinamente como de óxido, han enrojecido. Los plátanos y algún que otro álamo, tan frágiles con sus primeras hojas amarillas, entre el resto de los árboles perennes. La mar y el cielo están apaciguados. En el límite marino hay huellas de oro fundido que brillan con fuerza entre unas nubes grises y delicadas. A medida que la tarde ha avanzado, todo el cielo se ha cubierto con un gran velo de nubes y allá, al fondo, se esfuerza por traspasarlas, por fundirlas en los bordes. Pero puede más la fuerza enfermiza, llena de debilidades del otoño.

—¿Vas olvidando? —le pregunto a Mara.

—Voy olvidando. ¿Y tú? —me responde mientras sus palabras me trasladan de este atardecer apaciguado y lechoso a unos años atrás, cuando había llegado deshecho y lleno de tribulaciones a la isla, cuando conocí a Mara. Vivíamos entonces los dos muy cerca, en las afueras de la ciudad, a los pies de las murallas y no muy lejos de la necrópolis. Luego también los dos nos mudamos a lugares del interior —ella más hacia el norte de la isla— y dejamos progresivamente de vernos. Ahora, desde hace algunas semanas, hemos vuelto a coincidir —casualmente— en la gruta que hay por encima del Portus Magnus. Parece como si nuestras mutuas seguridades e inseguridades buscaran un mismo equilibrio —un equilibrio que ya no puede ser alterado por la pasión— en este circunstancial regreso.

—¿Has vuelto a saber algo de aquel jardín, Mara?

—Supongo que el jardín seguirá como siempre. Son las personas las que al marchar cambiamos. O pretendemos cambiar. Pero imagino que el jardín seguirá como entonces. Nos soñará acaso.

El jardín, las idas y venidas en el jardín o su contemplación... Repentinamente volvieron los días y las circunstancias de entonces, las horas en que conocí a Mara.

(Ambas casas daban a un amplio espacio verde —el jardín— que las separaba. Para salir de ellas había que adentrarse un poco entre los árboles por un camino que iba al encuentro de otro que llegaba de la casa vecina. Una vez que se unían, formaban un solo camino que era el que serpenteaba entre las rocas hacia una de las calles de la ciudad. Y digo entre las rocas porque, en realidad, más que de un jardín se trataba de un trozo de campo que había quedado aprisionado entre aquel grupo de casas y que nadie procuró adecentar nunca como un verdadero jardín. Era sin más un trozo salvaje de campo, con sus rocas, sus pinos de poblada copa, algunas palmeras enanas, asfódelos y matorrales, que casi todo el año estaban floridos y que ahogaban los espacios, obligando, como he dicho, a los caminos a seguir un curso sometido a los accidentes del terreno.

Yo me pasaba las mañanas desnudo, tendido en una gran azotea sobre la que volaban las palomas. Me quemaba los ojos con la luz que ascendía de la mar, y me encendía y aliviaba con aquella otra que el sol dejaba caer constantemente del cielo. Procuraba simplemente olvidar. Los libros caídos sobre las baldosas rojas del suelo entraban también dentro de aquella situación de pasividad y abandono en la que me hallaba. Fue a media mañana de uno de aquellos días de luminoso vacío cuando vi salir a Mara de la casa de enfrente. Aquellos instantes en que ella pasaba por el jardín, bajo mis ojos, se sucedieron con una inevitable constancia, los paladeé a lo largo de varias semanas con una rara y serena curiosidad.

Creo que no existía absolutamente nada en el mundo que me interesara fuera de aquella luz intensa del jardín y de los pasos de aquella joven que lo cruzaban. Me empeñaba, sin embargo, —acaso inconscientemente— por no mantener un interés excesivo hacia aquel ser que perturbaba momentáneamente el equilibrio de árboles y matorrales. Con la vegetación se confundían a veces los cabellos rubios de Mara, nada más salir ella de su casa. Luego, al entrar en la senda, desaparecía de mi vista. Un poco más tarde pisaba con cuidado en un espacio de roca descubierta rodeado de hierbajos y de pequeñas chumberas. Después, veía sólo la mitad de su cuerpo mientras ascendía hacia la salida. Al fin, la senda descendía bruscamente y la volvía a perder de vista. Ya al fondo, antes de salir a la calle, veía unos segundos sus piernas, que desaparecían presurosas.

Se trataba, en el fondo, de una contemplación monótona, fría, pero no por ello desprovista de interés, de un deseo ávido de saber más cosas de aquella joven que a media mañana pasaba, con un gran cartapacio bajo el brazo, por el jardín. Los primeros días analizaba su paso con esa minuciosidad con que se ven las cosas nuevas, pero distantes. La veía con el interés con que se ven las cosas simples, pero que uno desea desentrañar más y más. El vuelo de las palomas y de las gaviotas cada mañana también tenían para mí ese mismo interés. O los juegos de los niños del resto de los vecinos, que aparecían o desaparecían fugazmente, como ella, entre los matorrales. O el gato amarillo, que saltaba del muro de piedra que por el oeste cercaba aquel espacio para dormir o perseguir a algún pájaro. Mi interés se centraba en las salidas de ella, que se sucedían ante mis ojos, pero que yo nunca buscaba intencionadamente. Las preguntas, las lógicas preguntas, surgieron algo más tarde. ¿Quién era ella? ¿Qué hacía? ¿Hacia dónde la llevaban sus pasos? ¿Qué pensamientos había dentro de su cabeza? ¿No era la suya una vida excesivamente solitaria? Pero, ¿qué sabía yo de ella, de su mundo, de cuanto pasaba a partir de ese instante en que sus pies desaparecían raudos entre los últimos ramajes?

En el fondo, la emoción residía en esa ignorancia que mis contemplaciones tenían de ella. Era necesario que no supiera nada de mí, que —atenta como estaba cada mañana a la accidentada senda— no levantara nunca la cabeza hacia la azotea donde yo estaba tumbado. Lo importante era aquel dulce vacío interior que yo sólo intentaba llenar de luz, de nada más. Era tal mi confusión en aquellas horas —y tan rutinarias mis miradas— que sólo cuando habían pasado varios días me di

cuenta de que ni siquiera había reparado en su físico, de que a lo largo de toda una semana la había visto pasar como una forma abstracta, como un signo vaciado de contenido.

Al fin llegó una mañana en que mostré impaciencia en la espera, pues me urgía una detallada contemplación. A decir verdad, los arbustos no facilitaban las cosas, ya que me la ofrecían precipitadamente, como en esbozo. Sólo allí donde la senda daba la vuelta podía observarla completamente. Primero, porque el espacio era mucho más abierto y luego, como he dicho, porque la senda ascendía por un terreno más montuoso y ella se veía forzada a caminar más despacio. A primera vista, destacaba su seguridad; rebosaba claridad y equilibrio, que acentuaba aquel cabello rubio, aparentemente despeinado, que el mismo viento que sacudía las ramas llevaba y traía sobre su frente. La piel muy blanca, los ojos grandes —y luego vería que muy negros—, la nariz y la boca con una firmeza no molesta, clásica. Al margen de ese halo de seguridad de su esbelta desenvoltura, no se daban en ella otros signos que me permitieran saber más cosas de su vida. Ni su pasar exento de gestos, ni sus ropas nada artificiosas, permitían mayores sospechas. Acaso la edad, cercana a los treinta, pero sin haberla, sin ninguna duda, alcanzado. Llegué a pensar en mi confusión, durante algún tiempo, que se trataba de una muchacha extranjera, acaso inglesa. Tendría que oírla hablar por vez primera para salir de mi error.

No coincidí, por entonces, con ella en otros lugares de la isla, concretamente en los animados cafés del puerto. Nunca hice absolutamente nada por esperarla a la entrada, por cruzarme con ella —cosa tan fácil— en el jardín. Tampoco por seguirla, aunque sólo hubiera sido de manera somera, para ver si, ya en la calle, se dirigía hacia la playa, o hacia la montaña, o hacia el puerto. Podían más la confusión y el dolor interior que me dominaban. Lo cierto es que sus salidas a media mañana comenzaron a gratificarme el ánimo con una insistencia que yo no deseaba. Y ello me bastaba. Luego, el interés creció, aunque en todo momento hice lo posible por no tomar medidas inoportunas. Primero, porque mi ánimo, que lo negaba todo, se oponía a ello y luego, como ya he dicho, porque me resultaba muy grato aquella contemplación serena, con objetividad. Sentía un interés especial en observar y en descubrir que esa contemplación me recompensaba con creces. Una experiencia que era la única cosa que lograba sacarme de mí mismo. Me daba por bien pagado buscando en ella un poco de equilibrio, y veía cómo ese equilibrio era una especie de cálido fluido que se abría paso en mi pecho y en mi cerebro, y los apaciguaba.

No sé cuántas semanas habrían pasado, pero sé que al fin, una de aquellas mañanas, tomé una decisión espontánea, automática, natural. Cogí una hoja de papel y sobre ella escribí estas palabras: «Para una mujer como tú, de la que nada sé y de la que nada sabré, he escrito yo todos mis versos». (Yo era —y sigo siendo— un escritor de una obra abundante, pero esporádica y nunca publicada; soy una persona que sólo ha utilizado la escritura como secreto desahogo del ánimo, con el único fin de buscar en ella una cura. Precisamente por eso no sentí el más mínimo pudor al escribir esa frase anónima que cualquier persona sensata encontrará llena de petulancia.)

Bajé al jardín, seguí la senda que conducía a la casa de ella y me detuve junto a la puerta. Me incliné muy despacio e introduje la hoja de papel por debajo. Luego, miré a mi alrededor. Me sorprendí al reconocer mi azotea entre los ramajes, las palomas que iban y venían, y observé aquella parte de la casa de ella —concretamente sus pequeñas ventanas verdes— que yo nunca había visto en detalle, porque desde mi observatorio la ocultaban los matorrales. De repente, me sentí sorprendido, desconcertado. Me sentía, al cabo de varias semanas, actor que se movía en un escenario que tantas veces había contemplado como espectador: el del jardín. Ahora el jardín era otro, nuevo; era como verlo al revés en todos sus detalles, tan fijada tenía yo aquella visión primera del paso de Mara. Reparé en el resto de las viviendas, en otras ventanas y puertas que para mí no habían existido hasta entonces; vi flores y arbustos, ángulos del jardín salvaje que desconocía. Todo lo contemplaba quieto desde la puerta de Mara. Luego, volví a dejar caer despacio la mirada sobre la rendija por la que había introducido el papel y regresé a casa despacio y abstraído.

Hasta aquí todo lo que de tenso y misterioso hubo en mis primeras contemplaciones de Mara. Más tarde, las cosas siguieron su curso natural; el jardín dejó de ser para mí una especie de caverna platónica que me ofrecía una segunda, engañosa imagen de la realidad. Se fue descomponiendo el equilibrio que la distancia produce en las relaciones. Todo fue como más lógico y menos ensoñado,

hasta que logré salir de mí. Mara siguió pasando cada mañana, pero ya no era la misma. Y no porque el contenido del papel que yo había dejado bajo su puerta hubiera trastornado excesivamente su vida. Sin haberla tratado aún me parecía ir conociéndola ya un poco y sabía que no iba a ser así. Pero pude acusar perfectamente su turbación en cada nueva salida. Ella ahora cruzaba o más despacio o más deprisa de lo habitual; miraba hacia cosas o lugares del jardín en los que antes no reparaba —las miraba sin verlas—, tropezaba con alguna raíz o alguna piedra... Eran todos ellos levísimos signos —o así al menos me lo parecía a mí— que evidenciaban su sensibilidad hacia aquella ocurrencia, grata o estúpida, de un desconocido. Pero, por otro lado, como afirmé, nada había de petulancia, ni en la frase que había escrito ni en el hecho de introducirla por debajo de la puerta. Era un simple desahogo de mi ánimo confuso, o al menos eso pensaba yo para justificarme un poco del paso que había dado: haber roto de una vez con mi desequilibrada ausencia del mundo y habérselo trasladado con aquel gesto a ella, que precisamente aparentaba ser tan serena.

Pronto los acontecimientos se precipitaron, aumentó la naturalidad en aquella historia e incluso sucedió lo que no había sucedido a lo largo de tantas semanas: nos cruzamos dos tardes. Era la primera vez que nos veíamos cara a cara. Al cruzarnos la primera tarde yo sonreí y ella me miró estupefacta, con malestar contenido, en su afán de recomponer en muy pocos segundos todos los indicios. En esta ocasión, no nos detuvimos. La segunda tarde, al sonreír yo ella respondió con otra sonrisa muy educada, muy leve y, al detenerme, ella se detuvo. Era tan absurdo el común misterio de los días pasados, y nos ignorábamos tanto mutuamente, que la conversación y la amistad se desarrollaron con la mayor de las naturalidades.

El encuentro con Mara —a la que enseguida acompañé algunas mañanas al acantilado del castillo, adonde ella iba a dibujar— fue el más vigoroso de los hechos que en aquellos primeros días en la isla trajeron equilibrio a mi ánimo. Vivía desengañada de muchas cosas y en ese desengaño radicaba, creo yo, aquella seguridad y equilibrio que vi en ella desde los primeros días. Así como para mí el encuentro fue una especie de droga desde el primer día, para ella las relaciones debían de estar más en función de la sorpresa del mismo y en su interés por el supuesto artista que en mí había. Así que nació, en definitiva, una amistad serena, profunda, progresiva; muy firme precisamente por estar contrarrestada por nuestra confusión y por nuestros desengaños pasados, en los que por cierto ninguno de los dos entrábamos en detalles. Había en nuestras relaciones esa precaución de no abrir heridas, de no evocar fracasos; precaución que ambos procurábamos disimular de la mejor manera. Nunca hubo tensiones entre nosotros, pero parecía como si nuestros cuerpos estuviesen abocados a una especie de secreto desgarró, a una imposibilidad última de cancelar nuestras mutuas y poderosas soledades. Esas dos soledades en las que, por utilizar el lenguaje de Rilke, nos respetábamos y nos reverenciábamos. Ese afán de soledad en el que interiormente seguíamos creyendo.

Más tarde, pasada ya la distracción de los primeros encuentros, intenté reconstruir desde la azotea las sensaciones primeras, aquella contemplación contenida y secreta hacia una persona de la que nada sabemos, aunque nos acaba interesando profundamente. Pero aquella sensación, tras la posesión, no volvió. A veces, nada más verla salir, intentaba revivir las sensaciones de entonces y, en mi afán de lograrlo, pronunciaba a media voz su nombre. «Mara, Mara»... Pero ya se había roto el hechizo, ese tiempo tan especial que da una dimensión superior a nuestras vidas. La presencia de los cuerpos acaba luchando contra la del ensueño. Además, en las nuevas mañanas, ella solía saber de mi presencia en la azotea —en la que yo ahora, estimulado por el encuentro, había colocado una mesa y volvía a escribir— y nada más llegar a la curva de la senda, desde donde podía verme, me saludaba sonriendo, hacía aspavientos con los brazos o simplemente pasaba de largo, de manera presurosa o estudiadamente abstraída. Sabía muy bien que yo la contemplaba. Había nacido, en definitiva, una amistad que duraría dos años. Dos años para olvidar el pasado, para cerrar heridas, para salir de uno mismo, para creer en la esperanza. Todo un inesperado don.)

Cuando Mara me preguntaba hace un momento si yo lograba olvidar, estaba haciendo referencia no sólo a mis obsesiones de entonces y a mi continuo y fracasado afán de deshacerme de ellas, a los

días de la azotea; también se refería al final —no deseado por nosotros, pero inevitable— de nuestras relaciones, a aquellos dos años de intensa amistad. Y cuando, a su vez, yo le preguntaba a ella si había olvidado, pensaba también en su soledad luminosa, que yo creía que nadie podía turbar, y en el desgarró que supuso la felicidad de aquellos días. En cualquier caso, ayer como hoy, era apaciguadora y serena su compañía. Se mantenía de regreso, al atardecer, aquel equilibrio suyo que siempre me llenó de admiración. Un equilibrio que, a mi entender, era el mejor don que me había concedido la isla. Equilibrio entre los seres más allá de la soledad, el dolor o el amor.

Nos hemos detenido en el bar de un colmado que hay en pleno campo, en un cruce de carreteras, a tomar un vaso de vino. Cuando salimos fuera la noche ha caído ya con una gran dulzura entre los árboles. Hay en el aire una música hecha de silencios frescos, de aromas dulces y ásperos. (Aroma a higueras, a algarrobos, a ruda y romero.) Hay como una música que desciende de los mismísimos astros y que se funde con los perfumes embriagadores de la tierra, de los frutos. Esta noche mágica se lleva el cansancio de todo el día y, tras las últimas palabras, nos sumerge otra vez en nuestra soledad y en la simple contemplación.

Por un camino que no tiene más luz que la de las estrellas, acompaño a pie todavía un poco a Mara. Luego, al toparnos con una casa en la sombra, ella continúa sola. Veo cómo se deshace su sombra en la sombra, entre los muros de piedra que bordean el camino. Al fondo, en silencio, está su nueva casa. En ella hay una ventana iluminada por la luz amarillenta de una vela. En esa ventana veo luego el perfil de dos cuerpos que se abrazan como con cansancio o rutina. Son dos cuerpos de mujer.

Los novios

Lo normal es que las noches lluviosas de invierno no encuentre a nadie durante mis regresos apresurados en coche hacia casa. Por eso, me llena de amargura el repentino encuentro con algunos de esos seres marginales que, como verdaderos residuos humanos, quedan durante el invierno en la isla. Se trata de gentes que han llegado en primavera o a comienzos del verano buscando paraísos perdidos. Luego, pasado el artificio de la luz, del calor y de los cuerpos, se encuentran a sí mismos hundidos y se sorprenden de una soledad no habitual. Ignoran que esta isla está bajo el dominio de dos dioses: uno estivo, placentero y protector (Tanit) y otro pequeño de estatura, malévolo, cornudo y terrible que merodea en invierno haciendo de las suyas (Bes).

Los buscadores de paraísos perdidos —empleados durante cinco meses en las boutiques más selectas, carne nocturna de las discotecas, provisionales animadores de la utopía hippy o simples obreros temporales— se encuentran de repente sin trabajo en los primeros días de noviembre, y no pueden aguantarse ni a sí mismos. Es entonces cuando resulta especialmente desesperada la búsqueda del paraíso artificial que vinieron persiguiendo. Debe de ser una sensación extremadamente angustiosa.

No es raro por ello que en estas noches solitarias y lluviosas, de regreso a casa, me encuentre con algunos de esos seres abandonados, muchas veces en el límite de la subsistencia económica o ya metidos de lleno en la destrucción del alcohol o las drogas. Es cierto que son los mismos seres que podemos encontrar en cualquier gran ciudad, pero aquí —sin poder arrojarse en ese anonimato que proporciona la masa de gente en las luminosas calles de cualquier gran urbe— producen una impresión doblemente desoladora. Deshecho ya para ellos el espejismo del paraíso y tras buscar con los más desesperados medios la plenitud, se encuentran ante un espejo de vacío y de soledad que sólo refleja su propia imagen, su propia destrucción; se encuentran en el espejo con el rostro hirsuto, barbudo y maligno del dios Bes.

El camino que conduce a mi casa termina en ella. Me refiero a que el camino no pasa de allí. Vivo en la cima de una pequeña montaña y a ella se accede por un camino secundario que atraviesa un espeso bosque. Tengo que precisar la situación de mi casa porque, cuando regreso de noche y me encuentro de repente en la carretera con uno de esos jóvenes marginales bajo la lluvia, y ellos alzan cansinamente la mano para que me detenga y les lleve a algún sitio, tengo por norma no parar. Sé de antemano que la ruta que voy a seguir no es de utilidad para los autostopistas. Comprendo lo que se puede sentir cuando uno hace autostop de noche, bajo la lluvia, y el coche que esperamos con ansiedad pasa de largo; pero ya he dicho que el hecho de que yo pare no tiene utilidad alguna para ellos.

Al principio, no dudaba en frenar, me ofrecía para llevar a todo aquel que me saliera al paso. Suelen ser jóvenes devorados por el mal, pero ellos no son el mal. Por eso no los temo. Me basta con ver sus miradas a la luz de los faros: sus ojos de niños. Ojos cansados de niños bondadosos y extraviados; ojos de niños heridos. Por tanto, nunca dudé en parar. Sin embargo, enseguida me sentía decepcionado. Ellos, al oír adónde me dirigía, afirmaban con voz apagada: «Gracias, muchas gracias, pero no me conviene que me lleve; yo voy al pueblo. No me interesa subir a un coche que tiene que dejar la carretera general».

Así que últimamente tengo por norma no detenerme. Sé que no les sirve a los autostopistas esa ruta que voy a tomar, girando a la izquierda, la que penetra en un bosque deshabitado y que no tiene salida alguna, a no ser la cima de la montaña. ¡Sólo necesitaban esos jóvenes —deseosos aún de los fulgores y sonidos eléctricos, de los falsos paraísos— acabar en noche de lluvia en un bosque sombrío y sin salida! Ellos sólo buscan angustiosamente la llegada al apartamento compartido con

algún amigo o amiga, de la ciudad o de algún pueblo, donde se limitan a esperar el próximo verano y encuentran el calor y el olvido de otras personas que sienten y viven como ellos.

Esperar, invemar hasta que pasen este vacío húmedo y esta soledad brutal de la isla que no hay quien los resista. Ellos —mientras el cuerpo aguante— van y vienen, huyen siempre en estas noches de un lado para otro, olvidada ya la posibilidad de tomar un barco o un avión, seguramente por falta de dinero. Son seres, sin más, que han caído en las redes tendidas por el maligno diosecillo.

Por todo ello, siento una enorme pena que se va trocando en angustia cuando a lo largo de estos últimos meses suelo encontrarme en la carretera, por separado, con dos de estos jóvenes: un hombre y una mujer. El ha debido de salir andando de la ciudad. Lo encuentro con frecuencia ascendiendo por las cuestas y curvas que van reptando por la ladera de la sierra. Quizá trabaje en algún local nocturno y aprovecha su tiempo hasta última hora para intentar luego el regreso a casa en autostop. Ella, por el contrario, desciende andando hacia la ciudad. Siempre me la encuentro de frente y veo cómo alza su brazo cansinamente cuando oye llegar un coche a sus espaldas. Quizás esa chica viene de pasar el día y parte de la noche en algún pueblo o en alguna de las casas de campo, y tiene en la ciudad su cubículo.

Son dos jóvenes más de esos marginados de que he hablado, pero no sé por qué ellos se diferencian de todos los demás. Los veo siempre en noches lluviosas, con la cabeza baja y con las ropas pegadas al cuerpo, empapadas, pero a la vez imperturbables, caminando absortos en busca de un destino al que no se puede renunciar, de una meta obsesiva. Incluso parece —cuando alzan cansinamente sus brazos para llamar la atención de los automovilistas— como si tuvieran un interés relativo en que alguien parase a su lado y les ofreciese atención y ayuda. Es probable que —existencialmente hablando— sean dos jóvenes en fase terminal. No podría asegurar cuál es su mal o sus males. ¿Alcoholismo? ¿Drogas? ¿Demencia? El hecho de caminar empapados, su aire de ausencia, la palidez de sus rostros a los que se agarran como negras algas sus largos cabellos, no sugieren otra cosa. Y me apena ver su desolación al apreciar que se trata de dos jóvenes agraciados, bellos, que se encuentran aún en la primavera de su juventud.

Hay algunas cosas más que me sorprenden en estos dos jóvenes autostopistas que —en direcciones contrarias— buscan de noche ayuda para volver a sus respectivas casas. Ambos van siempre vestidos con la misma ropa, no se cambian. ¿Signo inequívoco de desidia o de demencia? Tampoco lo sé. Acaso sean sólo dos representantes más de ese tipo de gentes extravagantes, que viven la vida como un carnaval, que al llegar a la isla abandonan sus ropas habituales y se ponen una especie de disfraz. Así debe de suceder al menos con ella, una chica a todas luces de ciudad, pero que va vestida como una campesina. Lleva puesto uno de esos sobrios y bellos trajes típicos, de falda negra, plisada y acampanada, y una mantilla amarillo-oro sobre sus hombros. No sé a qué extravagancia puede deberse el hecho de que siempre vista así, como si regresara de un baile de disfraces o de un concurso folclórico.

El chico lleva ropa normal, una buena cazadora de cuero y unos pantalones vaqueros. Acaso sus figuras me sorprenden de una manera especial porque no parecen personas para andar vagando por ahí de semejante manera. A pesar de su abandono, se les nota la buena clase que tuvieron en días mejores. Ahora, 'su caminar ausente, sus brazos pegados al cuerpo, sus pasos lentos y, sobre todo, los rostros demacrados, no anuncian nada bueno.

Diré también cómo reaccionan cuando en esas noches lluviosas se cruzan con mi coche. Ella, bajando cuesta abajo, se ciñe a clavarme unos segundos los ojos cuando paso; unos ojos como acuosos, hundidos en el rostro lechoso. El sube, me lo encuentro de espaldas, de una manera repentina, en las primeras curvas. Cuando siente mi coche, vuelve el rostro hacia mí con lentitud y levanta su mano con desgana, como apesadumbrado. Sus ojos, tiemblan también como dos llamas fatigadas en el rostro demacrado. Como ya he dicho que, por norma, he decidido no parar, como no puedo ayudarlos, me imagino —acaso para acallar mi mala conciencia— que acaban de pasar, cada uno a su manera, una noche feliz, orgiástica, y que vuelven a sus casas agotados, pero sintiendo en sus rostros el placer de la lluvia.

Terminaré haciendo una precisión que considero muy importante: en alguna ocasión, he vuelto acompañado a casa y las personas que iban sentadas a mi lado en el coche han hecho comentarios sobre ambos jóvenes. Unas veces, jocosos; coinciden conmigo en que regresan de alguna fiesta nocturna con la consiguiente resaca. Otras veces, quienes me acompañan se muestran impresionados, incluso temerosos. En cualquier caso, siempre nos provocan sorpresa. No sólo son esos jóvenes perdidos y marginales que se ven condenados a recoger la desesperación que ellos mismos han estado sembrando, sino algo más. Y también, algunas veces, he pensado que parece como si uno de ellos fuera al encuentro del otro en la noche lluviosa. Incluso me he preguntado si los dos se habrán encontrado en alguna ocasión por la carretera, antes de que algún vehículo los recoja.

En fin, estas impresiones se habían ido decantando en mi interior, habían dejado de sorprenderme, cuando una de estas tardes volvieron a asaltarme de manera tan inesperada como brutal. Visitaba yo la casa del guardabosque, que vive al otro lado de la colina; charlaba con él cuando vi, por la puerta abierta de par en par, cómo su mujer ordenaba en el vestíbulo la ropa que había en un arca. Yo atendía a la conversación del guardabosque al tiempo que veía cómo la mujer iba sacando la ropa. La sacudía, la plegaba y la volvía a colocar cuidadosamente en el arca.

Cuál no sería mi sorpresa al ver resplandecer entre sus manos un mantón de seda amarilla, de un amarillo espléndido, del color del oro viejo, y luego un largo vestido negro y acampanado. Me levanté despacio y me aproximé para contemplar de cerca aquella ropa. Al verme llegar, la mujer hizo un ademán de plegar apresuradamente ambas prendas para devolverlas al arca, pero, sorprendida por mi curiosidad, se detuvo en su gesto y me mostró indefensa el chal y el vestido. Yo no tuve más remedio que pensar en las ropas que suele vestir la joven autostopista que me encuentro algunas noches en la carretera. Eran dos piezas tan sencillas como bellas, con delicados bordados de hilo de sus respectivos colores —amarillo y negro—, prendas antiguas sin duda, pero en muy buen estado de conservación.

Me chocó el recuerdo de la muchacha, pero no demasiado, pues enseguida pensé que mi vecino el guardabosque y su mujer no tenían hijas, ni familiar alguno por aquellos contornos. Por eso, mal se podía establecer una relación entre aquellas prendas que ahora contemplaban mis ojos y las que suele llevar la extravagante joven. Así hubiese seguido yo razonando, de no ser porque la mujer del guardabosque pronunció estas palabras con las que termino mi relato:

—Son ropas viejas, cosas tristes y pasadas de moda de mis abuelos. Yo me las ponía hace años; sobre todo de joven, cuando íbamos a bailar a las fuentes o a la plaza de la iglesia en días de fiesta. Tenía que haber quemado estas ropas, porque me traen malos, muy malos recuerdos. Pero eran de mi madre. Y antes de mi abuela. Por eso, no me atrevo a hacerlo. Me traen muy malos recuerdos y me ponen muy triste porque me hacen pensar en los extranjeros, en la pareja de novios que en los años sesenta vivían en la casita de abajo. Usted ya sabe a cuál me refiero, a la cabaña del bosque que ahora mi marido ha dejado derrumbar, la que está al final del torrente, entre los pinos. Hubo una época, allá por los años sesenta, en que alquilábamos la cabaña. Fue cuando empezaron a llegar a la isla tantos forasteros. Todos ellos eran gente muy buena. Nosotros siempre hemos tenido suerte y nos hemos encontrado con gente seria, como debe ser. Eran hippies, sí, y extranjeros, gente rara, pero de muy buen carácter. No molestaban a nadie. Incluso algunos de ellos —como los últimos que vivieron en la casita, la pareja de novios— eran gente de dinero. Yo nunca comprendí cómo hacían aquella vida y les gustaba tanto el bosque. El tenía una moto muy grande y brillante, pero de poco le sirvió al hombre. Se mató una noche de lluvia en una de las curvas que hay por allá abajo. Dicen que había mucha agua en la carretera y también mucho viento. Ella, la pobrecita, cuando le dieron la noticia, quedó como muda. Apenas volvió a hablar. Pero todavía siguió viviendo en la casa durante unos días. Yo la animaba mucho, le llevaba fruta y le preparaba dulces en el horno para que olvidara. Incluso un día hice lo que no he hecho con nadie: le enseñé estas ropas para que se distrajera, le hablé de mis abuelos y le dejé que se llevara el vestido y la mantilla para que se los probara y se animara un poco. Algo, como le digo, que no he permitido a nadie. Yo no sabía qué

hacer para que la chica alegrara la cara, para que se olvidara de la muerte de su novio. ¡En mala hora le dejé yo esta ropa! Fue como si le echara con ella un mal conjuro ¡Maldito el día en que se la dejé! Se marchó la chica y pasaron varios días. Como no volvía a subir por aquí (y yo estaba preocupada por el vestido que le dejé) mandé a mi marido a que bajara a la casita para pedírselo. También aquella noche llovía mucho. La encontró colgada de una de las vigas del porche. Se había ahorcado y tenía puestas estas ropas. Ahora ya sabe usted por qué me dan pena, mucha pena. No sé por qué las conservo todavía y no las he quemado. Pero ya sabe, son ropas muy antiguas, tienen mucho valor. Eran de mi abuela y a mí, comprenda, me las dejó mi madre.

Ella

He de confesar que precisamente en estos días, cuando la isla parece estar como muerta, suceden en ella las cosas más prodigiosas. Cuando algunas noches regreso a casa en medio de la mayor oscuridad, por los caminos encharcados bordeados de árboles fabulosos y sin encontrarme con ningún coche ni ser humano, me parece que estoy completamente solo en el mundo. Suelo sentir entonces una leve sensación de terror.

He comenzado hablando de prodigios, pero ¿qué es lo que puede acaecer de prodigioso en esas fechas? No sé por dónde empezar. Diré con medias palabras, con vacilaciones y con un cierto rubor, que en esos meses en que la isla suele estar como muerta, aparece *ella*. Pero, ¿quién es ella?, se preguntará el lector. Ella puede ser, para que se me entienda enseguida, la mujer que no existe; es decir, esa mujer que siempre idealizamos, que nos gusta ensoñar acaso porque resulta imposible. Pero yo debo juraros que existe, que en los primeros días de diciembre, desde hace tres años, no ha dejado de aparecer. Aparece brevemente para luego desaparecer. También debo decir que cada año ella aparece con rostros diferentes, con cuerpos diferentes. Ella es y no es la misma. Cada uno de estos tres últimos años tenía un rostro y un cuerpo diferentes, pero —¿cómo explicarlo?— ella era, a la vez, la misma persona, una mujer idealizada, la inalcanzable mujer de los sueños.

Todo comenzó hace tres años, a primeros de diciembre, a esa hora del atardecer en que hay más sombras que luz. La atmósfera es de vacío absoluto. El aire está como imantado, tiene una extraña densidad, una dulzura intensa. Uno camina por el campo o por las calles empinadas y vacías de la ciudad antigua y sabe que a pesar del silencio y de la soledad algo puede suceder en cualquier momento; algo hay en el aire que puede asaltarnos al dar la vuelta a cualquier esquina.

Yo estaba en la primera ocasión en que la vi, hace tres años, en una librería. Ya me había decidido por algunos libros e iba a pagarlos cuando la vi a ella. De momento, no me produjo ninguna turbación especial. Luego, al verla mejor, de perfil, entre dos estanterías y con un volumen en las manos, me sorprendió porque se parecía muchísimo a la joven esposa de un amigo mío italiano. Sí, no cabía ninguna duda, ella era la señora X. La misma tez pálida, el cabello ondulado y recogido detrás, la frente curvada, el cuello fino.

Sí, la misma imagen de una de esas jóvenes anónimas que pintaron los renacentistas. Pero insisto en que, sobre todo, me sorprendió por una razón muy concreta: era una persona que yo creí reconocer. Y estaba allí, a mi lado, tan lejos de la ciudad toscana en que vivía. Pagué los libros y esperé la vuelta. Tardaban en dármeles. Cuando me volví para dirigirme hacia donde ella estaba, vi que había desaparecido.

Salí fuera en cuanto pude, miré a ambos lados de la calle, pero ya no la vi. Dudé por un momento, pero luego salí corriendo en una de las direcciones y miré hacia el fondo de una larga y oscura avenida cubierta por las ramas entrelazadas de unos gigantescos castaños de indias. Sí, allá al fondo, caminando a buen paso, se distinguía una forma de mujer. Caminé deprisa hasta que le di alcance y vi que era ella. Me sorprendió mucho el observar que —sintiéndome cada vez más cerca en la oscuridad, a sus espaldas— ella no se volvió ni se inquietó lo más mínimo. Es como si esperara mi llegada. Así que siguió caminando serena y a buen paso. Cuando estuve a su altura ella volvió levemente la cabeza, me sonrió y nos saludamos. No sé, me faltan las palabras para describir aquella atracción extraña y natural a un tiempo. Palabras amables, sonrisas leves, mutua compenetración... Era como si nos conociésemos desde hacía muchos años. Enseguida pude comprobar —ella así me lo confirmó— que X no era la esposa de mi amigo italiano, aunque se

parecía muchísimo. No estaba casada ni residía en una antigua y monumental ciudad de Toscana.

Había vivido cinco años en París, donde trabajó como intérprete. Luego, un día conoció a un joven inglés. Al parecer, éste era un buen navegante y en su velero llegaron un verano hasta la isla. Aquí alquilaron una casa en el campo y probaron a subsistir montando un telar. Un día, hastiado él de la pasividad de la vida en tierra firme, se fue de la isla. X se quedó sola con su telar —tejía hermosos tapices— y con la casa. En el momento en que yo la encontré se dirigía hacia la parada de taxis para volver a esa casa. El encuentro había sido tan natural y feliz —tan pleno— que también resultó natural mi deseo de acompañarla con mi coche a su casa.

Pronto dejamos atrás la ciudad y sus luces tristes de invierno. Durante unos quince minutos fuimos pasando a caminos cada vez más secundarios. Quienes conocen la isla y su «mecánica» también saben del laberinto de los caminos, encrucijadas, vueltas y revueltas que hay que seguir para llegar a un punto aislado. Y que sin plano, en noche cerrada, no hay nadie que vuelva a hacer el recorrido que hizo la primera vez. Esto fue lo que aquella primera noche me pasó a mí con X. La dejé en una casa al borde de un bosque y prometí volver en cuanto me fuera posible. Ella, antes de que yo partiera, me preguntó: «Pero ¿sabrás volver otra vez aquí?». Yo no lo puse en duda. Feliz por aquel encuentro tan extraordinariamente raro volví a la ciudad por caminos, encrucijadas, bosques, revueltas. (Volver del campo a la ciudad es relativamente fácil: basta con ir saliendo a los caminos cada vez más anchos y luego guiarse por el resplandor que allá al fondo producen las luces de la acrópolis.)

Sólo un par de días después intenté volver a aquella casa, pero todo fue inútil. Me metí por caminos y salí de ellos confundido; pregunté a una anciana pastora cuando ya creía haber llegado a la zona y ésta se encogió de hombros. Di vueltas y más vueltas, pero no pude dar con la casa. Como he dicho, los que conocen la isla saben muy bien que esta circunstancia es habitual: rara vez puede regresarse a un punto del campo en el que uno estuvo por primera vez de noche. X no me hizo un plano de los caminos de tierra y yo me perdí, y las perdí a ella y a su casa. También resultó inútil tratar de encontrarla por las calles de la ciudad. Hice incluso guardia varios días en la librería sin que apareciese. Ella y su casa parecían haber sido tragadas por la tierra, eran como un sueño.

Pasó otro año y de nuevo volvió el mes de diciembre, y se repitió aquella misma hora temblorosa y húmeda del anochecer. Un sol frío y rojizo se cuajaba por poniente y el perfume de los enormes algarrobos penetraba hasta la misma sangre. Yo descendía hacia la ciudad en mi coche. Recuerdo que aquella noche tenía una cita ineludible en el puerto: llegaban unos familiares en el barco de las nueve. Aún faltaba más de una hora y descendía por la ladera que conducía a la ciudad plácidamente, sin prisas, sintiendo crujir en el asfalto húmedo las ruedas del coche y oyendo en la radio algunas melodías de una película que por entonces estaba de actualidad, *Barry Lyndon*; música estremecedora e intensa para el preludio de una noche que parecía imantada. Fue ya en el llano, entre dos luces, a esa hora con más noche que tarde en el aire, al dar la vuelta a una brusca curva, cuando *ella* apareció al borde de la carretera. Estaba parada y, al ver cómo se aproximaba mi coche, hizo la inequívoca señal del autostopista.

Era ella, pero al mismo tiempo no era ella. Quiero decir que, de nuevo, me encontraba con el ser delicado y dulce que nos paraliza, con la joven ensoñada a lo largo de toda una vida. Y al decir que «no era ella» me refiero a que no era X, la mujer con la que me había encontrado el año anterior en la librería, sino Y, una chica con otro aspecto físico, pero que producía en mí las mismas sensaciones que había tenido hace un año. Era como si X e Y tuvieran cuerpos diferentes, pero una misma personalidad, un mismo espíritu. Detuve el coche de golpe, dando un frenazo, respondiendo automáticamente a una poderosa señal de mi ánimo. Ella subió. No sé por qué apagué la música de la radio. Acaso fuera porque había penetrado en el coche una música más intensa y secreta, una música callada: la de su cuerpo. El pequeño espacio del vehículo, su sombra, pareció llenarse de una vibración armoniosa y profunda, y me sentí como paralizado. Al igual que el diciembre pasado, en el caso de la mujer extraviada al borde de un bosque con el que ya no pude dar, también Y me sorprendió por su flexible e inesperada cordialidad. Parecía no haber en ella la más mínima reserva.

Era como si hiciera mucho tiempo que nos conociéramos. Todo era naturalidad y armonía en el trato. Y me pidió que la llevara a la ciudad, adonde yo ahora me dirigía. Sin embargo, muy poco antes de salir a la carretera general, me dijo:

—Quizás abuso de tu confianza, pero si pudieras desviarte unos momentos... Tengo que dejar este paquete en una casa que está ahí, a unos quinientos metros, detrás de esas luces. Es sólo un instante. Luego podrás volver a tomar la carretera general un poco más adelante.

Le dije que no tenía prisa y que perfectamente podría desviarme unos minutos. Ella —antes y después de esta petición— había ido contándome cosas de su vida. Porque Y —como X— también tenía su historia. En muy pocas palabras era la siguiente: Y era una joven hispanoamericana, profesora de ballet. Al terminar sus estudios había viajado por Europa y, entusiasmada con los encantos de la isla, se había quedado en ella. Hacía tres años que daba clases en un conocido y moderno gimnasio de la ciudad. Nunca la había visto durante ese tiempo. Ahora había obtenido una plaza en un ballet de Bruselas y se disponía a cambiar de lugar de residencia. Había cancelado ya el contrato de su vivienda e incluso el día anterior había vendido su coche. Esta era, según me dijo, la razón por la que yo la había encontrado haciendo autostop en la penumbra.

Y me guió por un camino de tierra y me mandó detener el coche frente a una casa con jardín que había en pleno campo; luego me dijo que la esperara unos momentos, que no tardaría en volver. Sólo emplearía el tiempo suficiente para entregar el paquete. Se perdió en dirección a la casa y a su jardín y yo bajé del coche. Encendí otra vez la radio. Aún sonaban en ella las melodías de *Barry Lyndon*. Ya era noche plena y había arriba muchas estrellas. Subí todavía más el volumen de la radio y unas ansias infinitas —sonaba entonces la gran zarabanda de Händel— parecían discurrir por mis venas y me fundían con la totalidad. Miraba feliz, ora hacia la oscuridad, ora hacia la casa en la que Y se había metido, y sentí esa felicidad rara y plena que nos indica no sólo que el mundo está bien hecho, sino que nos prueba que un misterio está a punto de sernos revelado: quizás el misterio de una felicidad que no pasa. Arreciaba la música y arreciaba en mi interior la certeza de que no estaba soñando. Simplemente vivía una realidad sublime.

Y no tardó en regresar. Los dos subimos al coche y otra vez apagué la radio. Ella no pareció extrañarse de este gesto mío lo más mínimo, como si también deseara oír sólo aquella otra música más sublime de los cuerpos que callan y enamoran, de los cuerpos que no quieren, o no pueden, oír otra música que no sea la callada de las presencias.

—¿Es verdad que te vas mañana?

—Sí, pero aún podemos vernos esta noche, más tarde.

Yo, ciego, como un estúpido, le dije que no podía ser. Esperaba a unos familiares en la nave de las nueve y tenía el compromiso ineludible de ir a esperarlos al puerto y atenderlos. Ella guardó un corto silencio. Un silencio —luego lo comprendí— como suplicante. Pero enseguida me dijo con buen ánimo:

—Bueno, quizá podamos vernos mañana, aunque sea el último día. Estaré a la diez en el Café del Puerto. No faltes. Quiero confirmar muchas cosas que estoy sintiendo en estos momentos.

Le dije entusiasmado que sí, pero la noche me perdió. Pronto diré por qué. Ya en la ciudad, la acerqué al gimnasio donde hasta entonces ella había trabajado y nos despedimos hasta las diez del día siguiente.

Llegaron aquella noche mis familiares. En todo momento, los atendí abstraído y ansioso a causa de aquel inesperado encuentro que había tenido. A lo largo del día siguiente se me hicieron años las horas, pero al fin llegaron las diez de la noche y, alegando una excusa segura escapé de casa y volé al Café del Puerto. Y todavía no había llegado, así que decidí esperarla fuera, en la terraza. Me encontraba yo solo sentado en ella, sin reparar en la noche excesivamente húmeda, pues sólo me corroía la ansiedad de verla. Pronto el tiempo comenzó a pasar inevitable y brutal, sin que ella apareciera. Pasó una hora, luego dos, luego tres. A la una de la madrugada cerraron el café. Poco antes, yo le había preguntado al camarero por ella. Hice una minuciosa descripción de Y, pero a ella —que había sido precisamente la que había escogido aquel café para la cita— jamás la habían visto.

Mientras regresaba a casa apesadumbrado, despacio, por la carretera en sombra, comencé a salir de mi estupidez y a preguntarme si no serían las diez de la mañana (y no las diez de la noche) la

hora en que Y me había citado en el café. Sin embargo, me extrañaba que en el café no me hubieran dicho nada de ella o de que no hubiera dejado recado para mí. Aun así, pensaba en aquella posibilidad, en que ella me hubiese estado esperando inútilmente a lo largo de toda la mañana. Esta idea me angustió profundamente, pues no concebía que ella no hubiese acudido a la cita. También me angustiaba pensar que mientras yo la esperaba estúpidamente por la noche ella quizás estaba volando hacia otro país, o acaso estuviese zarpando en el barco que salía a medianoche. Me había confundido la oscuridad. La encontré entre las sombras y quizá por ello, inconscientemente, pensé que la cita tenía que ser por la noche. Y fue precisamente la noche la que me hizo perderla.

Aún confiaba en seguir las huellas de Y. Para ello, disponía de dos fuentes seguras de información: la casa en la que ella había dejado el paquete y el gimnasio. No fue difícil, en este caso, dar con la casa. Para ello, repetí el recorrido del día anterior y la busqué al otro lado de la carretera general, detrás de aquel puñado de luces. Cuál no sería mi sorpresa al saber que Y había estado allí al mediodía del día anterior. Una anciana me contó que Y había llegado muy inquieta para saber si un hombre de mis características había estado allí para cancelar la cita. La anciana me confirmó lo que me temía: Y me había estado esperando en el Café del Puerto desde las diez hasta las trece horas de la mañana. Las mismas tres tensas horas que yo la había estado esperando a ella por la noche, en el mismo café y hasta es posible que en la misma terraza.

¿Sólo la existencia por la noche de otro camarero podía explicar que éste no la hubiera visto? ¿O era ella una especie de aparición que sólo yo, y no los demás, podía ver? Este tipo de historias que últimamente me han acaecido me hacía también pensar en esta última posibilidad. Por lo demás, la anciana mostró saber muy poco de Y.

Me dijo que antes de aquella noche no la había visto nunca. Al parecer, en la entrega del paquete, Y sólo había hecho de intermediaria y mensajera de otra persona. Aún tuve la esperanza de saber algo de ella en el gimnasio en el que había trabajado, pero tampoco tuve suerte. Cuál no sería mi sorpresa cuando el director —un joven apuesto y cordial— me dijo que no tenía ni idea de a qué persona me refería, y que nadie de esas características había trabajado, o trabajaba, allí. Cuando le hice ver que yo mismo la había acompañado hasta el gimnasio y la había visto entrar por la puerta, el director sonrió amable y escéptico y se ciñó a decir abriendo los brazos de par en par:

—Creo que se está equivocando.

Pasó un nuevo año y llegó otro mes de diciembre. Se repitió aquella misma hora temblorosa y húmeda del anochecer. Y *ella* volvió a aparecer de nuevo. A la hora de contar la tercera de estas historias no tengo más remedio que precisar que soy persona casada, que tengo un hijo y que estaba —al menos hasta que esas apariciones comenzaron a inquietarme— sinceramente enamorado de mi mujer. Recuerdo ahora a mi familia porque testigos de la tercera de las apariciones fueron mi hijo y uno de mis mejores amigos. Era, como he dicho, la misma hora húmeda y dulce del primer invierno. O mejor sería decir del último otoño. Había ido a recoger a mi hijo a la casa de unos amigos, donde había pasado el día; una hermosa casa con un pequeño jardín que se levantaba muy cerca de las murallas renacentistas de la ciudad. Llamé a la campanilla de la puerta y salió a abrirme mi amigo seguido de mi hijo. Fue en ese preciso instante cuando sentí a mis espaldas, durante sólo unos segundos, la proximidad de alguien, algo parecido a una presencia invisible o una respiración. La sensación fue brevísima, pero muy intensa. Y, poco antes de que me volviera, oí una voz muy suave, apenas imperceptible que me dijo:

—Por favor, podría decirme cómo puedo ir...

Me volví y allí estaba, una vez más, *ella*. Ella que no era ni X ni Y, porque tenía otro cuerpo. Pero a la vez era la misma, porque era su mismo espíritu, su misma personalidad que en mí producía las mismas sensaciones. Sí, era ella, delicada y afable, sonriente y natural en el trato, pero ahora tenía sus cabellos del color del trigo maduro; unos cabellos que la brisa removía sobre un rostro muy blanco. Todavía recuerdo impresionado el vuelco que me dio el corazón. Me temblaron las piernas y volví a saber lo que era amar, amar a un ser con el que comúnmente sólo se sueña y que ya había desaparecido de mi vista en dos ocasiones.

Ella, Z, me preguntaba por un hotel. Más exactamente, me preguntaba si podría regresar al hotel en el que se albergaba a través de la parte antigua, sin tener que recorrer el camino más directo y usual, que era el de una larga avenida de la ciudad moderna. Yo le respondí tembloroso que sí, mientras me sentía como extraviado en los dos lagos mansos de sus ojos. Le dije que bastaba con que, tras cruzar la acrópolis, saliera por el viejo portillo que había al otro lado de las murallas a un descampado. Luego, sólo tenía que seguir la costa rocosa y, a unos quinientos metros, llegaría sin pérdida a su hotel. Ella me dio las gracias sonriendo y vi cómo iniciaba sin prisas la ascensión hacia las murallas.

Acababa de darle esta respuesta brevísima cuando oí a mis espaldas un grito y un fuerte lloro. Al parecer, mi hijo, al verme, había intentado salir precipitadamente saltando la verja del jardín. La verja no era muy alta, pero se enredó uno de los pies en los barrotes y cayó al suelo hiriéndose en la frente. Se había hecho una brecha por la que sangraba abundantemente. Mi amigo lo tomó en brazos al tiempo que maldecía su descuido y se dirigía hacia mi coche. Debíamos llevarlo enseguida a una clínica para que le pusieran unos puntos en la herida y le cortaran la hemorragia.

Ya dentro del coche, mientras daba la vuelta, volví a sentir la presencia de ella. Por eso, volví la cabeza ligeramente en dirección a la acrópolis y aún pude ver a Z, la joven turista. Su cuerpo estaba a punto de traspasar el viejo arco de la muralla, pero antes de hacerlo se había detenido y miraba en dirección a nuestro coche; me miraba de lejos con dulzura y como con compasión. Sólo el inesperado y doloroso percance que había sucedido me pudo impedir que la siguiera, que la acompañara para indicarle con precisión el camino que debía seguir hasta su hotel. Y lo hubiera hecho porque yo sabía que no era una turista más. Yo sabía que era *ella*.

Llegamos a la clínica. El accidente se solucionó rápidamente y de la mejor de las formas. Mi hijo volvía a sonreír tras el susto. Mi amigo, ya más tranquilo —como yo— me dijo antes de despedirse:

—Por cierto, es extraño que aquella joven turista te preguntara por un hotel que ahora, durante la estación baja, siempre permanece cerrado...

Mis dudas no hicieron sino aumentar. Al día siguiente no pude resistir la tentación de llegarme hasta el hotel donde ella dijo que se alojaba. En efecto, como mi amigo había asegurado con extrañeza, el hotel aparecía cerrado a cal y canto. Sobre la puerta principal, detrás de uno de los cristales, podía leerse en un cartel: «Cerrado de noviembre a marzo». ¿Cómo pudo haberme dicho ella que se alojaba en aquel hotel?

Llegado a este punto tengo una certeza: las pasadas visiones de esas tres mujeres, o de esa mujer, o de *ella*, ya no me importan. Ahora sólo vivo obsesionado por el mañana; es decir, por la llegada del próximo invierno. Vivo dulcemente obsesionado (y aterrorizado) por la llegada del próximo mes de diciembre. Y os diré por qué. Sé muy bien que en el atardecer húmedo y tierno, en esa hora con más sombra que luz del anochecer, *ella* volverá a aparecer. Y siendo la misma de siempre, sé que aparecerá con un nuevo cuerpo, con un nuevo «disfraz». Ahora vivo temeroso cada día del año a la espera de que ella vuelva otra vez para enloquecerme. O para llevarme consigo.